

¿HAY APÓSTOLES Y PROFETAS HOY?

LOS DONES DEL ESPÍRITU,
LOS MINISTERIOS Y EL
FUNDAMENTO DE LA IGLESIA



Por
PEPO TOLEDO

¿Hay apóstoles y profetas hoy?

**Los dones
del Espíritu,
los ministerios
y el fundamento
de la Iglesia**

Por Pepo Toledo

Segunda edición

2026

Contenido

Introducción	15
I Dones y talentos.....	21
Los dones no sustituyen el carácter	27
II Dones	29
La gracia de Dios distribuida para servir	29
El llamamiento incluye la capacitación	30
¿Todos los creyentes reciben dones?	33
La democratización del ministerio	34
¿Cuáles son los dones?.....	35
El propósito de los dones	37
Los dones requieren discernimiento.....	38
Los dones no son medallas.....	39

Una Iglesia equipada para servir.	40
III Corinto: Una iglesia llena de dones, pero necesitada de madurez.....	42
Los dones no eran el problema...	43
La fascinación por lo extraordinario	44
Los dones no sustituyen el carácter	45
Cuando el protagonismo reemplaza al servicio.....	46
La respuesta de Pablo	47
Una advertencia para la Iglesia de todos los tiempos	48
IV Apóstoles	50
El fundamento sobre el cual Cristo edificó su Iglesia	50
Un llamamiento único.....	51
Testigos de la resurrección	52
El fundamento de la Iglesia.....	53
La autoridad apostólica.....	54
¿Existen apóstoles hoy?.....	55
El verdadero legado apostólico ..	56
¿Qué significa ser una Iglesia apostólica?	57
V Ministerio apostólico	62

El envío continúa; el fundamento permanece	62
Los enviados de la Iglesia.....	63
¿Existe un ministerio apostólico?	64
La misión continúa	65
VI Profetas.....	69
La voz de Dios en la historia de la redención	69
Más que predecir el futuro	70
Dios habló por medio de los profetas	71
El profeta y la Palabra	72
Cristo: la revelación definitiva.....	73
El período intertestamentario.....	74
El propósito de la profecía.....	75
Una advertencia para nuestro tiempo	76
VII. Cristo, la revelación definitiva de Dios	79
La revelación progresiva.....	79
Dios habló por medio de los profetas	80
El Hijo como revelación plena.....	81
La enseñanza de los apóstoles ...	82

El depósito de la fe	83
¿Significa esto que Dios ha dejado de hablar?	84
La suficiencia de las Escrituras ..	85
Una responsabilidad permanente	86
La revelación de Dios alcanzó su plenitud en Cristo	87
VIII. Los profetas en el Nuevo Testamento.....	92
Una nueva etapa en la historia de la redención	93
Los profetas de la Iglesia primitiva	93
La autoridad de los profetas del Nuevo Testamento	94
Profecía y edificación	96
El caso de Agabo	97
El cierre del período fundacional	98
¿Qué permanece vigente?	99
IX. Revelación, iluminación y el ministerio profético	100
Leamos tres conceptos que no deben confundirse	100
La revelación	100

El ministerio profético bajo esta perspectiva	103
¿Qué ocurre cuando alguien dice: "Dios me dijo..."?	104
Una Iglesia sensible al Espíritu y sometida a la Palabra	107
X. Falsos profetas y el discernimiento espiritual	109
Los falsos profetas en el Antiguo Testamento	109
La advertencia de Jesús	110
El verdadero discernimiento.....	111
El criterio apostólico	112
Señales, milagros y prodigios...	113
Adivinación y ocultismo.....	114
¿Existen realmente poderes espirituales malignos?	115
Cristo ha vencido	115
Una Iglesia con discernimiento.	116
XI. Discernimiento de espíritus y liberación espiritual.....	118
Jesús y la liberación espiritual..	119
El peligro de los extremos	121
La victoria de Cristo	122
Prudencia pastoral.....	123

Discernimiento y humildad	124
Cristo en el centro	124
La victoria pertenece a Cristo ...	125
Humildad frente al mundo espiritual	127
La verdadera guerra espiritual ..	130
XII. La unidad del cuerpo y la diversidad de los dones.	135
¿Existen dones superiores?	135
Un solo cuerpo, muchos miembros	136
¿Existe una jerarquía entre los dones?	137
El camino más excelente	139
La verdadera grandeza en la Iglesia	140
El peligro del prestigio espiritual	141
Una Iglesia donde todos participan	142
Cristo, la única cabeza	143
El peligro del autoritarismo espiritual	144
XIII. La falacia de “No toquen al ungido de Dios”	147

Cuando un texto se utiliza fuera de su contexto	147
David y el rey Saúl	148
Un contexto político, no eclesiástico.....	149
Todos los creyentes son ungidos	149
La autoridad también puede ser examinada.....	150
El abuso del concepto de "ungido"	152
Cristo es el verdadero Ungido...	152
Una Iglesia que honra a Cristo ..	153
La autoridad espiritual también rinde cuentas.....	154
Reflexión final.....	157
XIV. ¿Qué significa “No juzguéis? ...	158
El discernimiento no es condenación	158
El contexto del Sermón del Monte	159
Jesús sí ordenó discernir	159
Pablo también llama a juzgar	160
El peligro de un falso concepto de tolerancia	162

La corrección comienza por uno mismo.....	163
Una Iglesia que discierne con amor	164
Discernimiento y control: dos realidades opuestas	165
Reflexión	170
XV. Denunciar a los falsos profetas .	172
 Cuando el silencio deja de ser una virtud	172
 Jesús también denunció el error	172
 El ejemplo de los apóstoles.....	173
 El propósito nunca es destruir..	174
 ¿Cuándo es necesario denunciar?	174
 ¿Cómo debe hacerse?	175
 El discernimiento protege la libertad	176
 Cristo sigue siendo el centro	177
 Una responsabilidad de amor ...	177
 ¿Quién puede denunciar?.....	178
 Un principio de sabiduría pastoral	183

XVI. La vigencia de los dones del Espíritu de Dios	186
Permanencia y propósito de los dones.....	186
Todos los dones tienen un mismo origen	187
Dones permanentes.....	188
Dones relacionados con el período fundacional	188
La verdadera continuidad	189
Más importante que los dones ..	190
El criterio permanente	191
El mayor don	192
Continuidad cristocéntrica	192
El resurgimiento del movimiento apostólico contemporáneo	194
La influencia de la Nueva Reforma Apostólica en América Latina ...	198
La teoría de la profecía falible ...	200
XVII. La parábola de los talentos	203
La responsabilidad de administrar lo que Dios nos confía.....	203
Dios es el dueño	204
Cada uno recibe conforme a su capacidad.....	205

El éxito no consiste en recibir más	205
El pecado del tercer siervo	206
Los dones producen responsabilidad.....	207
La parábola y los dones espirituales	207
El mayor talento	208
El Padre también poda a quienes llevan fruto.....	209
El Señor regresará	212
XVIII. Cristo, los apóstoles y los profetas siguen edificando a la Iglesia	214
El fundamento permanece	214
La Iglesia sigue siendo apostólica	215
Los profetas siguen hablando...	216
Cristo sigue siendo la Cabeza...	216
El Espíritu de Dios sigue actuando	217
La verdadera sucesión apostólica	218
El legado que no termina	219
La Iglesia de todas las generaciones	220

XIX. ¿Qué significa profetizar en la Iglesia hoy?	222
La voz permanente de Dios en las Escrituras.....	222
Dios sigue hablando.....	223
Revelación e iluminación	224
¿Existe hoy una predicación profética?.....	225
¿Puede Dios guiarnos personalmente?	226
La prudencia frente a las impresiones personales.....	227
El verdadero ministerio profético	228
El Espíritu de Dios sigue edificando a la Iglesia	229
La voz que nunca cambia	230
Conclusión.....	230
7XX. ¿Puede aprenderse a profetizar?	233
Un análisis bíblico de la llamada "activación profética"	233
Las llamadas "escuelas de los profetas"	234
¿Puede enseñarse la presencia del Espíritu?.....	235

El deseo de Moisés	236
Pentecostés: un don, no una técnica	236
¿Qué quiso decir Pablo?	237
¿Puede desarrollarse un don? ..	238
Equipar no significa producir	239
Una diferencia necesaria.....	240
La prueba decisiva.....	240
Conclusión.....	241
Epílogo – Volver a Cristo.....	243
Pepo Toledo - Síntesis biográfica	250

Introducción

Volver al fundamento

La historia de la Iglesia demuestra que cada generación enfrenta el desafío de permanecer fiel al Evangelio recibido. A lo largo de los siglos han surgido nuevos movimientos, formas de organización, énfasis doctrinales y experiencias espirituales que, en mayor o menor medida, han enriquecido la vida cristiana o han generado profundas controversias. El debate sobre los dones del Espíritu **de Dios** forma parte de esa historia.

Durante las últimas décadas, el crecimiento del movimiento pentecostal y neopentecostal ha despertado un renovado interés por los dones espirituales, especialmente por aquellos relacionados con la profecía, las lenguas, los milagros y el apostolado. Al mismo tiempo, han aparecido nuevas estructuras de autoridad, escuelas de activación profética, redes apostólicas y enseñanzas que afirman representar una restauración de los ministerios del Nuevo Testamento.

Frente a este panorama, muchos creyentes se hacen preguntas legítimas.

¿Siguen vigentes todos los dones espirituales?

¿Existen hoy apóstoles y profetas con la misma autoridad que los del primer siglo?

¿Qué significa realmente profetizar?

¿Cómo distinguir entre una verdadera obra del Espíritu de Dios y una interpretación equivocada de las Escrituras?

¿Dónde termina el discernimiento y comienza el juicio temerario?

Estas preguntas no pueden responderse únicamente mediante experiencias personales, tradiciones eclesíásticas o argumentos emocionales. Exigen volver constantemente a la fuente que Dios dejó para guiar a su Iglesia: las Sagradas Escrituras.

Ese es el propósito de este libro.

No pretende alimentar polémicas estériles ni descalificar a quienes

piensan diferente. Tampoco busca disminuir la obra del Espíritu de Dios, cuya presencia continúa siendo indispensable para la vida de la Iglesia. Por el contrario, procura honrar su ministerio recordando que el Espíritu nunca actúa independientemente de la Palabra que Él mismo inspiró.

El lector encontrará en estas páginas una reflexión que intenta mantener un equilibrio deliberado entre dos extremos. Por un lado, rechaza la idea de que Dios haya dejado de obrar sobrenaturalmente en la vida de su pueblo. Por otro, cuestiona la tendencia a atribuir autoridad divina a enseñanzas, revelaciones o estructuras que no encuentran un fundamento claro en el Nuevo Testamento.

A lo largo del estudio descubriremos que la verdadera grandeza de los dones espirituales no reside en su espectacularidad, sino en su propósito. Dios nunca concedió sus dones para engrandecer a determinadas personas ni para establecer jerarquías de prestigio dentro de la Iglesia. Los concedió para servir, edificar y conducir

a todo el pueblo de Dios hacia una mayor semejanza con Jesucristo.

Por esa razón, este libro no gira únicamente alrededor de los dones espirituales. En realidad, aborda una pregunta mucho más profunda:

¿Dónde descansa hoy la autoridad de la Iglesia?

La respuesta atraviesa cada uno de sus capítulos.

La autoridad no descansa en experiencias personales.

No descansa en nuevos títulos ministeriales.

No descansa en supuestas revelaciones contemporáneas.

Descansa en Jesucristo, revelación definitiva del Padre; en el testimonio apostólico y profético conservado en las Escrituras; y en la obra permanente del Espíritu de Dios, quien ilumina la Palabra, transforma el corazón del creyente y capacita a la Iglesia para cumplir su misión en el mundo.

En este recorrido dialogaremos con las Escrituras y con la reflexión de autores de distintas tradiciones cristianas.

El objetivo no es defender una denominación ni promover una corriente teológica particular, sino examinar cuidadosamente las enseñanzas bíblicas para que cada lector pueda formar sus convicciones con libertad, responsabilidad y fidelidad al Evangelio.

Vivimos en una época en la que abundan las voces que reclaman autoridad espiritual. Precisamente por ello, resulta más necesario que nunca aprender a distinguir entre la voz del Buen Pastor y las muchas voces que compiten por nuestra atención.

Si este libro logra despertar en el lector un amor más profundo por las Escrituras, una mayor dependencia de Jesucristo y una actitud de humilde discernimiento frente a toda enseñanza, habrá cumplido plenamente su propósito.

Porque, al final, el mayor don que Dios ha concedido a su Iglesia no es un

ministerio extraordinario ni una
experiencia espectacular.

Es Jesucristo mismo.

Y la mayor obra del Espíritu de Dios
consiste en conducirnos continuamente
hacia Él.

I Dones y talentos

*"Los dones de Dios son diversos,
pero el amor es el vínculo
que los perfecciona."*

San Agustín

Talentos, dones y mayordomía cristiana

. Otros, además, reciben dones espirituales para servir a la Iglesia. Confundir estas dos realidades ha producido numerosas discusiones dentro del cristianismo. Comprender su diferencia constituye el primer paso para entender correctamente los ministerios, el liderazgo y la naturaleza de la Iglesia.

La Biblia, sin embargo, establece una diferencia entre los talentos naturales y los dones espirituales. Aunque ambos tienen su origen último en Dios, cumplen propósitos distintos dentro de su plan.

Los talentos pertenecen al ámbito de la creación. Son capacidades que permiten al ser humano trabajar, crear, dirigir, investigar, enseñar o servir a la sociedad. Pueden heredarse,

descubrirse tempranamente o adquirirse mediante disciplina y perseverancia. Constituyen parte de la mayordomía que Dios confía a cada persona.

Jesús ilustró esta realidad en la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30). Un señor, antes de emprender un viaje, entregó diferentes cantidades de talentos a tres de sus siervos, «a cada uno conforme a su capacidad». Al regresar, pidió cuentas sobre la administración de aquello que les había confiado. El mensaje central de la parábola no consiste únicamente en la recompensa o el castigo, sino en la responsabilidad de desarrollar fielmente lo recibido.

Con frecuencia se interpreta esta parábola exclusivamente desde el significado monetario del talento, que efectivamente era una unidad de peso y de valor en la antigüedad. Sin embargo, desde hace siglos la tradición cristiana también ha empleado la palabra “talento” para referirse a las capacidades personales que Dios concede a cada individuo. Aunque este uso es derivado y no constituye el significado original del texto, resulta útil para expresar una verdad bíblica: Dios espera que aprovechemos

responsablemente las habilidades que nos ha concedido.

Los dones espirituales pertenecen a un ámbito diferente. Son manifestaciones de la gracia de Dios concedidas por el Espíritu de Dios a cada creyente para la edificación del cuerpo de Cristo (Romanos 12:3-8; 1 Corintios 12; Efesios 4:7-16; 1 Pedro 4:10-11). No constituyen premios a la madurez espiritual ni reconocimientos al mérito personal. Son regalos inmerecidos distribuidos soberanamente por Dios para fortalecer a su Iglesia.

Esta diferencia merece destacarse. Un talento puede beneficiar tanto a quien lo posee como a la comunidad donde vive. Un don espiritual, en cambio, tiene como propósito inmediato servir a otros creyentes y contribuir al crecimiento del cuerpo de Cristo. Ambos proceden de Dios, pero cumplen funciones distintas.

No obstante, estas dos realidades no siempre aparecen completamente separadas. En numerosas ocasiones Dios toma un talento natural y lo pone al servicio de un propósito espiritual. El talento no desaparece; es elevado y orientado hacia una finalidad superior.

Resulta significativo que la primera persona de quien la Biblia dice expresamente que fue llena del Espíritu de Dios no sea un rey, un sacerdote o un profeta, sino un artista llamado Bezaleel (Éxodo 31:1-6).

Poseí habilidades artísticas y técnicas excepcionales, pero el texto añade un detalle significativo: Dios los llenó de su Espíritu «en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo artificio». Sus capacidades naturales fueron enriquecidas por la acción del Espíritu para cumplir una misión sagrada.

Este pasaje posee un significado especial para mí como escultor. Durante muchos años he procurado transmitir a los jóvenes que cualquiera puede aprender una disciplina artística si está dispuesto a dedicarle tiempo, estudio y esfuerzo. La excelencia rara vez depende del talento innato; suele ser el resultado de la perseverancia.

Sin embargo, también he descubierto que existe una diferencia entre producir una obra técnicamente correcta y crear una obra capaz de despertar una reflexión profunda. Una escultura puede impresionar por su dominio técnico y, aun así, no comunicar nada

trascendente. En cambio, cuando el arte logra mover la conciencia, despertar esperanza o conducir al espectador hacia una verdad superior, el talento comienza a convertirse en un instrumento al servicio de Dios.

No significa que toda obra artística sea un don espiritual ni que todo artista sea creyente. Significa que Dios puede utilizar las capacidades humanas para comunicar principios que trascienden al propio autor. El arte, como cualquier otra profesión, puede convertirse en un vehículo de verdad, belleza y servicio.

Lo mismo ocurre con cualquier oficio. Un médico puede aliviar el sufrimiento físico; un maestro puede formar generaciones enteras; un ingeniero puede transformar comunidades; un agricultor puede alimentar a miles de personas; un empresario puede generar prosperidad y oportunidades de trabajo. Todos ellos ejercen talentos que honran a Dios cuando son administrados con integridad y amor al prójimo.

El Nuevo Testamento enseña que, además de esos talentos, Dios concede dones espirituales a todos los creyentes. Ningún miembro del cuerpo de Cristo queda excluido. Así como el

cuerpo humano posee órganos diferentes con funciones distintas, la Iglesia necesita diversidad de dones para cumplir eficazmente su misión.

Esta diversidad no establece categorías de importancia ni jerarquías espirituales. Ningún don hace superior a quien lo recibe. Todos son necesarios y todos dependen unos de otros.

El ojo no puede despreciar la mano, ni la mano al pie. La riqueza del cuerpo consiste precisamente en la diversidad de funciones que trabajan armónicamente bajo una sola cabeza: Jesucristo.

Este principio será fundamental a lo largo de todo este libro. Los dones nunca fueron dados para crear élites espirituales, establecer títulos honoríficos o alimentar el orgullo humano. Fueron dados para servir, equipar y edificar al pueblo de Dios.

Por ello, el creyente tiene una doble responsabilidad. Debe desarrollar con diligencia los talentos naturales que Dios le ha confiado y, al mismo tiempo, descubrir y ejercer fielmente los dones espirituales que el Espíritu de Dios te ha

concedido. Ambos forman parte de la mayordomía cristiana.

Los dones no sustituyen el carácter

Una persona puede poseer extraordinarios dones y, sin embargo, mostrar poca madurez espiritual.

La experiencia de la iglesia de Corinto demuestra que los dones no constituyen la medida del crecimiento cristiano.

Pablo dedica tres capítulos a corregir el uso de los dones precisamente en una congregación que "no carecía de ningún don" (1 Corintios 1:7).

Lo que determina la verdadera espiritualidad no es la espectacularidad de los dones, sino el fruto del Espíritu manifestado en una vida transformada.

Por ello, el **desarrollo del carácter** siempre debe acompañar el ejercicio de cualquier don o talento.

Al final de nuestra vida, Dios no nos preguntará si poseíamos los dones más admirados ni si alcanzamos los títulos más elevados dentro de la Iglesia. Nos

preguntará si administramos con fidelidad aquello que Él puso en nuestras manos. Esa verdad constituye el fundamento sobre el cual construiremos todo este libro.

II Dones

La gracia de Dios distribuida para servir

Los dones espirituales constituyen una de las expresiones más hermosas de la gracia de Dios. No son recompensas por la madurez del creyente ni privilegios reservados para una élite espiritual. Son regalos soberanos del Espíritu de Dios concedidos para la edificación del cuerpo de Cristo.

El Nuevo Testamento emplea principalmente la palabra griega *chárisma* para referirse a los dones espirituales. El término proviene de *cháris*, que significa “gracia”. Desde su origen, la palabra nos recuerda que los dones no son conquistas personales ni recompensas por la madurez espiritual.

Los dones no revelan cuánto ama Dios a una persona, sino cuánto ama Dios a su Iglesia. Por eso los reparte para beneficio de todos y no para la exaltación de quien los recibe.

El teólogo británico John Stott observa que la diversidad de dones refleja la

riqueza de la gracia divina y evita que la Iglesia dependa de una sola persona o de un solo ministerio. Cada creyente recibe algo que aportar al conjunto, y precisamente esa diversidad hace posible la unidad del cuerpo de Cristo.

Esta idea aparece claramente en las palabras del apóstol Pablo:

“Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo” (Efesios 4:7, NBLA).

La expresión “a cada uno” posee enorme importancia. No dice “a algunos” ni “a los líderes”, sino a cada creyente. Ningún miembro del cuerpo de Cristo queda excluido de la obra que Dios quiere realizar por medio de él.

El llamamiento incluye la capacitación

Cuando Dios llama a una persona para cumplir una tarea, también la capacita para desempeñarla.

A lo largo de la historia bíblica encontramos este mismo principio. Moisés recibió sabiduría para conducir

al pueblo; Josué fue fortalecido para conquistar la tierra; Bezaleel fue lleno del Espíritu para construir el tabernáculo; los apóstoles fueron investidos con poder para anunciar el Evangelio.

El llamamiento nunca aparece separado de la capacitación.

Por esta razón Pablo exhorta a Timoteo: “No descuides el don espiritual que está en ti...” (1 Timoteo 4:14, NBLA).

La palabras de Pablo armonizan con las reflexiones del pastor Luis Fernando Solares S.:

“Cristo no solo repartió dones: regaló personas para equiparte en el uso de tu don.”

“Los líderes que Dios da no son un accidente ni una conquista humana: son parte del botín que el Rey vencedor reparte entre los suyos para la edificación de su iglesia.”

El don es un regalo de Dios, pero su desarrollo requiere disciplina, estudio, oración y obediencia. Dios concede el don; el creyente es responsable de administrarlo fielmente.

Esta verdad armoniza con la enseñanza de Jesús sobre la vid y los pámpanos (Juan 15). El propósito de todo don es producir fruto para la gloria de Dios.

Los dones no fueron concedidos para alimentar el prestigio personal ni para establecer jerarquías dentro de la Iglesia. Fueron dados para servir.

Diversidad de dones, ministerios y operaciones

Uno de los pasajes más importantes sobre este tema es 1 Corintios 12:4-6.

Pablo distingue tres conceptos que con frecuencia se confunden: diversidad de dones, diversidad de ministerios y diversidad de operaciones.

Aunque están íntimamente relacionados, no son equivalentes.

Los **dones** son las capacidades espirituales que el Espíritu de Dios concede por gracia.

Los **ministerios** son las diferentes formas en que esos dones se ejercen al servicio de la Iglesia.

Las **operaciones** son los resultados producidos por Dios mediante la administración fiel de esos dones.

Todo proviene de un mismo Dios.

Esta distinción resulta muy importante porque evita atribuir al ser humano lo que únicamente corresponde al Espíritu de Dios.

Un maestro puede enseñar con claridad. Un evangelista puede predicar con pasión. Un pastor puede cuidar con amor a la congregación. Pero solamente Dios produce la transformación espiritual.

Pablo resume este principio con una frase memorable:

“Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento” (1 Corintios 3:6, NBLA).

El creyente administra. Dios produce el fruto.

¿Todos los creyentes reciben dones?

La respuesta bíblica es afirmativa.

Pedro escribe:

“Según cada uno ha recibido un don especial, úselo sirviéndose los unos a los otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10, NBLA).

El apóstol no contempla creyentes sin participación en la vida del cuerpo.

La democratización del ministerio

Todos reciben. Todos sirven. Todos edifican.

El Nuevo Testamento introduce una transformación radical respecto al antiguo pacto.

En Israel, determinadas funciones estaban reservadas para reyes, sacerdotes o profetas.

En la Iglesia, el Espíritu de Dios reparte dones a todos los creyentes.

No existe un cristianismo formado por espectadores y especialistas.
Cada miembro participa activamente en la vida del cuerpo.

Esta democratización del servicio constituye una de las grandes novedades del Evangelio. Nadie recibe todos los dones. Nadie queda sin alguno. Todos dependen de todos.

La Iglesia no funciona mediante espectadores, sino mediante miembros activos.

Aquí encontramos uno de los principios más revolucionarios del Nuevo Testamento. El ministerio no pertenece exclusivamente a los pastores ni a quienes ocupan posiciones visibles. Toda la Iglesia participa en la obra de Dios.

John Stott escribió que la Reforma recuperó el sacerdocio de todos los creyentes. Hoy podríamos añadir que la Iglesia necesita redescubrir también el ministerio de todos los creyentes.

¿Cuáles son los dones?

El Nuevo Testamento no presenta una lista única ni pretende ofrecer un catálogo exhaustivo.

En 1 Corintios 12 aparecen la palabra de sabiduría, la palabra de conocimiento, la fe, los dones de sanidad, las operaciones de milagros, la profecía, el discernimiento de espíritus, diversos géneros de lenguas y la interpretación de lenguas.

Romanos 12 menciona otros dones como servir, enseñar, exhortar, compartir con generosidad, dirigir y ejercer misericordia.

Efesios 4 introduce otra perspectiva. Allí no presenta una lista de capacidades, sino de personas que Cristo dio a la Iglesia para equipar a los creyentes: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

Los evangelistas recorrían las naciones predicando la palabra de Dios bajo la guía de su espíritu, como Pablo. Los pastores guiaban a los fieles y los maestros los instruían. Todo esto, para edificación del cuerpo de Cristo, la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios.

Como observa F. F. Bruce, Pablo no intenta clasificar los dones de manera sistemática. Su propósito es mostrar la amplitud con que Cristo equipa a su

Iglesia para cumplir su misión en el mundo.

El propósito de los dones

El objetivo de todos los dones puede resumirse en una sola palabra: edificación.

La palabra griega utilizada por Pablo es *oikodomé*, literalmente «construcción de una casa». La imagen resulta muy apropiada. Cada creyente aporta algo para que el edificio espiritual crezca firme y armonioso.

En consecuencia, cualquier ejercicio de un don que produzca dependencia enfermiza hacia una persona contradice el propósito para el cual fue concedido.

La Iglesia no fue edificada alrededor de personalidades carismáticas, sino alrededor de Jesucristo.

Estas palabras resumen admirablemente el espíritu de Efesios 4. El liderazgo cristiano no consiste en concentrar funciones ni en crear seguidores permanentes. Su misión es preparar a otros para que sirvan a Cristo con madurez y libertad.

En el mismo sentido, John Stott recuerda que el ministerio cristiano nunca fue diseñado para formar una élite clerical. La tarea de los líderes consiste en equipar al pueblo de Dios para que toda la Iglesia participe activamente en la misión del Evangelio.

Los dones requieren discernimiento

No toda manifestación extraordinaria procede necesariamente del Espíritu de Dios.

Pablo exhorta a los creyentes a ejercer discernimiento (1 Corintios 12:10), y el apóstol Juan añade:

“Amados, no crean a todo espíritu, sino prueben los espíritus para ver si son de Dios” (1 Juan 4:1, NBLA).

A lo largo de la historia de la Iglesia han coexistido manifestaciones auténticas de la obra del Espíritu con imitaciones, exageraciones e incluso engaños deliberados.

Por ello, todo ejercicio de un don debe someterse siempre a la autoridad de la Escritura.

Como afirma D. A. Carson, el Espíritu de Dios nunca inspira una experiencia que contradiga la Palabra que Él mismo inspiró.

Este principio será fundamental cuando estudiemos más adelante el ministerio profético y la cuestión de la revelación.

Los dones no son medallas

Uno de los errores más frecuentes consiste en considerar los dones como una medida de la espiritualidad.

El Nuevo Testamento enseña exactamente lo contrario.

Los dones no indican el grado de santidad de quien los posee. Indican la responsabilidad que Dios le ha confiado para servir a otros.

La madurez espiritual se reconoce principalmente por el fruto del Espíritu, mientras que los dones muestran la diversidad de funciones dentro del cuerpo de Cristo.

Confundir ambas realidades ha producido algunos de los mayores

desequilibrios en la historia de la Iglesia.

Una Iglesia equipada para servir

Los dones espirituales constituyen una de las mayores expresiones de la gracia de Dios hacia su Iglesia.

Ninguno fue dado para engrandecer al individuo.

Ninguno fue concedido para establecer rangos de autoridad.

Ninguno existe para alimentar el orgullo religioso.

Todos fueron dados para glorificar a Cristo mediante el servicio al prójimo.

Esta perspectiva nos permitirá comprender mejor los llamados ministerios de Efesios 4. Veremos que Cristo no instituyó una jerarquía eclesiástica, sino un pueblo equipado por diversos servidores para alcanzar “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios” (Efesios 4:13, NBLA).

Comprender la naturaleza de los dones constituye el primer paso para entender los ministerios. Comprender los ministerios permitirá descubrir que la verdadera autoridad en la Iglesia nunca

nace de un título, sino del servicio. Esa será la tarea de los capítulos siguientes.

Jesús enseñó que el propósito de toda rama unida a la vid consiste en llevar fruto:

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará; y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto.” (Juan 15:2). RVA.

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.” (Juan 15:8). RVA.

Este principio también ilumina nuestra comprensión de los dones y talentos. Dios no los concede simplemente para que los poseamos, sino para que produzcan fruto en beneficio de otros y para la gloria de Cristo. La fidelidad no consiste únicamente en haber recibido un don, sino en administrarlo de manera que contribuya al crecimiento del Reino de Dios.

Más adelante veremos que esta responsabilidad alcanza de manera especial a quienes ejercen algún ministerio dentro de la Iglesia.

III Corinto: Una iglesia llena de dones, pero necesitada de madurez

Cuando el protagonismo desplazó al servicio

Pocas iglesias del Nuevo Testamento presentan un contraste tan llamativo como la de Corinto. Por un lado, Pablo reconoce que aquellos creyentes habían sido enriquecidos en Cristo y que no les faltaba ningún don espiritual. Por otro, dedica buena parte de su primera carta a corregir divisiones, inmadurez, desórdenes en el culto y conflictos que amenazaban la unidad de la congregación.

Este hecho constituye una de las primeras grandes lecciones sobre los dones del Espíritu de Dios: la abundancia de dones no garantiza la madurez espiritual.

Corinto poseía dones extraordinarios, pero necesitaba crecer en humildad, amor y discernimiento.

Los dones no eran el problema

Con frecuencia se afirma que Pablo escribió para corregir el uso del don de lenguas. Sin embargo, esa explicación resulta insuficiente.

El problema no eran las lenguas, ni la profecía, ni ningún otro don en particular.

El problema era el corazón humano.

Los creyentes habían comenzado a utilizar los dones como motivo de prestigio personal. Aquello que Dios había concedido para servir al cuerpo de Cristo se convirtió en motivo de comparación, competencia y división.

El protagonismo desplazó al servicio.

Cuando los dones dejan de entenderse como expresiones de la gracia y comienzan a utilizarse como señales de superioridad espiritual, pierden el propósito para el cual fueron concedidos.

La fascinación por lo extraordinario

La iglesia de Corinto parecía sentirse especialmente atraída por las manifestaciones más visibles y espectaculares del Espíritu.

Algunos creyentes comenzaron a considerar ciertos dones como prueba de una espiritualidad superior. Otros, al no poseer esas mismas manifestaciones, podían sentirse creyentes de segunda categoría.

Pablo desmonta completamente esa manera de pensar.

El Espíritu de Dios no distribuye sus dones para establecer categorías entre los creyentes, sino para que todos dependan unos de otros.

En el cuerpo de Cristo no existen miembros innecesarios ni dones insignificantes.

Todos han sido concedidos por el mismo Espíritu para un mismo propósito: la edificación de la Iglesia.

Los dones no sustituyen el carácter

Una de las enseñanzas más importantes de la primera carta a los Corintios es que los dones espirituales y el carácter cristiano no siempre avanzan al mismo ritmo.

Una persona puede ejercer un ministerio valioso y, al mismo tiempo, necesitar crecer en humildad, paciencia o dominio propio.

Por ello, Pablo no responde a los problemas de Corinto suprimiendo los dones. Responde llamando a la iglesia a una vida gobernada por el amor.

No es casualidad que el célebre capítulo 13 se encuentre precisamente entre los capítulos dedicados a los dones espirituales.

El amor no constituye un paréntesis poético dentro de la carta. Es la respuesta de Pablo al problema de Corinto.

Sin amor, incluso los dones más extraordinarios pierden su verdadero significado.

Cuando el protagonismo reemplaza al servicio

Detrás de muchos conflictos de la iglesia de Corinto se encontraba una tentación tan antigua como la humanidad: el deseo de sobresalir.

Los dones comenzaron a convertirse en una forma de reconocimiento personal.

La pregunta dejó de ser:
¿Cómo puedo servir mejor a mis hermanos?

Y pasó a ser:
¿Cómo puedo destacar entre ellos?

Ese cambio alteró profundamente la vida de la congregación.

Los dones, que debían fortalecer la comunión, comenzaron a alimentar el orgullo.

Los ministerios, llamados a equipar a los creyentes, corrían el riesgo de convertirse en plataformas de prestigio.

Esta advertencia sigue siendo extraordinariamente actual.

Cada vez que un ministerio busca reconocimiento antes que servicio, reproduce el mismo problema que Pablo enfrentó en Corinto.

La respuesta de Pablo

Lejos de prohibir los dones, Pablo los coloca en su verdadero lugar.

Recuerda que todos proceden del mismo Espíritu.
Que todos tienen un propósito común.
Que todos son necesarios.
Y que ninguno posee valor si no está gobernado por el amor.

Como observa Gordon D. Fee, los capítulos 12 al 14 forman una sola unidad. Pablo no está reduciendo la importancia de los dones espirituales; está mostrando que su ejercicio únicamente puede comprenderse dentro del amor cristiano. El capítulo 13 no cambia de tema: constituye el corazón mismo de toda la enseñanza sobre los dones.

Siglos más tarde, Juan Crisóstomo observó que el apóstol nunca condenó los dones concedidos por Dios; condenó el orgullo que los desfiguraba.

El problema no estaba en los regalos del Espíritu, sino en la actitud de quienes los utilizaban para engrandecerse a sí mismos.

Una advertencia para la Iglesia de todos los tiempos

La historia de Corinto no pertenece únicamente al primer siglo.

Cada generación cristiana enfrenta la misma tentación.

Toda iglesia corre el riesgo de confundir la espectacularidad con la espiritualidad, el reconocimiento con el servicio o el ministerio con el prestigio.

La solución sigue siendo la misma.

Volver a Cristo.

Cuando Él ocupa el centro, los dones recuperan su propósito.

Cuando el amor gobierna la vida de la Iglesia, desaparece la necesidad de competir.

Cuando el servicio sustituye al protagonismo, el cuerpo de Cristo crece en unidad y madurez.

Por eso, la verdadera pregunta no es qué dones poseemos, sino qué clase de personas estamos llegando a ser mientras los ejercemos.

El Nuevo Testamento enseña que Dios no busca una Iglesia impresionada por sus dones, sino una Iglesia transformada a la imagen de su Hijo.

IV Apóstoles

El fundamento sobre el cual Cristo edificó su Iglesia

Pocas palabras han sido tan utilizadas —y quizá tan mal comprendidas— dentro del cristianismo contemporáneo como la palabra **apóstol**. Para algunos designa el cargo más elevado dentro de la Iglesia; para otros, un título honorífico reservado a determinados líderes; y para otros más, un ministerio que desapareció con la generación apostólica.

Antes de responder si existen apóstoles hoy, debemos preguntarnos qué entendía el Nuevo Testamento por un apóstol.

La palabra griega *apostolos* significa literalmente "**enviado**" o "**mensajero**". En su sentido más amplio podía aplicarse a cualquier persona enviada con una misión determinada. Sin embargo, el Nuevo Testamento utiliza el término en un sentido mucho más específico cuando se refiere a los hombres escogidos directamente por

Jesucristo para establecer el fundamento de la Iglesia.

No todos los enviados eran apóstoles en este sentido fundacional.

Un llamamiento único

Los evangelios muestran que Jesús escogió personalmente a los Doce después de una noche de oración (Lucas 6:12-16). No fueron elegidos por votación, por antigüedad ni por preparación académica. Fueron llamados directamente por el Señor.

Durante aproximadamente tres años convivieron con Él, escucharon sus enseñanzas, presenciaron sus milagros, fueron testigos de su muerte y contemplaron su resurrección.

Aquella experiencia era irrepetible.

Después de la ascensión de Cristo, los apóstoles comprendieron que la traición y muerte de Judas debían ser suplidas. Al buscar a su reemplazo establecieron criterios muy precisos: debía tratarse de alguien que hubiera acompañado a Jesús desde el bautismo de Juan hasta la ascensión y que pudiera dar

testimonio de la resurrección. Matías fue escogido para ocupar ese lugar (Hechos 1).

Resulta significativo que, cuando más tarde murió Jacobo, hijo de Zebedeo, no se designó otro sustituto. La Iglesia entendió que no existía una sucesión permanente del colegio apostólico.

Testigos de la resurrección

Uno de los rasgos distintivos del apostolado era haber sido testigo del Cristo resucitado.

Pablo mismo fundamenta parte de su autoridad apostólica preguntando a los corintios:

“¿No he visto a Jesús nuestro Señor?” (1 Corintios 9:1).

Su caso fue excepcional.

No formó parte de los Doce, pero recibió un llamamiento directo del Cristo resucitado camino a Damasco.

Él mismo insistirá repetidamente en que su apostolado no provenía de hombres, sino de Jesucristo (Gálatas 1).

Esta singularidad explica por qué Pablo defendió con tanta firmeza su autoridad apostólica frente a quienes la cuestionaban.

Como observa F. F. Bruce, el apostolado de Pablo no constituye una ampliación indefinida del número de apóstoles, sino una excepción extraordinaria dentro del propósito soberano de Dios para llevar el Evangelio al mundo gentil.

El fundamento de la Iglesia

Quizá el texto más importante para comprender este tema se encuentra en Efesios 2:20, donde Pablo afirma que la Iglesia ha sido edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo la piedra angular.

La imagen arquitectónica resulta muy elocuente. Un fundamento se coloca una sola vez. Nadie construye un edificio colocando nuevos cimientos cada generación. El fundamento permanece. Sobre él continúa levantándose toda la estructura.

John Stott señala que la autoridad apostólica pertenece al fundamento

histórico de la Iglesia y continúa vigente hoy no mediante nuevos apóstoles, sino por medio del testimonio que ellos dejaron en las Escrituras del Nuevo Testamento.

Esta observación merece especial atención. La verdadera sucesión apostólica no consiste en transmitir un cargo. Consiste en conservar fielmente la enseñanza apostólica.

La autoridad apostólica

Los apóstoles hablaron con una autoridad única porque fueron comisionados directamente por Cristo y guiados por el Espíritu de Dios para comunicar la revelación del Nuevo Pacto.

No actuaban como líderes carismáticos que expresaban opiniones personales.

Cuando enseñaban doctrina, lo hacían conscientes de haber recibido una comisión especial del Señor.

Por esa razón la Iglesia primitiva perseveraba "en la enseñanza de los apóstoles" (Hechos 2:42). La autoridad residía en la doctrina transmitida, no en

la personalidad de quienes la proclamaban.

Con el paso del tiempo esa enseñanza quedó preservada en los escritos del Nuevo Testamento.

La Iglesia continúa edificándose sobre ese mismo fundamento.

¿Existen apóstoles hoy?

La respuesta depende del sentido que demos a la palabra.

Si por apóstol entendemos a un enviado o misionero, el término conserva plenamente su significado etimológico. Toda la Iglesia ha sido enviada a anunciar el Evangelio.

Sin embargo, si utilizamos la palabra en el sentido específico de Efesios 2 o de los Doce escogidos por Cristo, la situación es distinta.

Aquellos hombres ocuparon un lugar irrepetible en la historia de la redención. Su función fue fundacional. No repetitiva.

Como señala Craig L. Blomberg, la autoridad normativa de los apóstoles quedó incorporada al Nuevo Testamento. La Iglesia no necesita nuevos fundamentos, sino permanecer fiel al que ya recibió.

El verdadero legado apostólico

Quizá la mejor manera de honrar a los apóstoles no consiste en adoptar su título, sino en conservar su mensaje.

Su autoridad no provenía de un reconocimiento institucional.

Provenía de haber sido enviados por Cristo para anunciar fielmente el Evangelio.

Hoy la Iglesia continúa creciendo cuando permanece edificada sobre esa misma enseñanza apostólica.

Como escribió John Stott, la Iglesia es apostólica no porque existan nuevos apóstoles, sino porque permanece fiel a la fe apostólica.

Esa fidelidad constituye la verdadera continuidad histórica entre la Iglesia del

primer siglo y la Iglesia de nuestros días.

¿Qué significa ser una Iglesia apostólica?

Cuando los cristianos confesamos que creemos en una Iglesia "apostólica", no estamos afirmando necesariamente que deba existir una sucesión ininterrumpida de personas que hereden el oficio de los apóstoles. Lo que afirmamos es algo mucho más profundo: que la Iglesia permanece edificada sobre el fundamento doctrinal que ellos establecieron bajo la autoridad de Jesucristo.

El Nuevo Testamento presenta a los apóstoles como testigos escogidos del Cristo resucitado y depositarios de la revelación del Nuevo Pacto. Su misión fue irrepetible. Bajo la inspiración del Espíritu de Dios transmitieron la enseñanza que quedó preservada en los escritos del Nuevo Testamento y que constituye la norma permanente de la fe cristiana.

En este sentido, la verdadera sucesión apostólica no consiste en transmitir un

cargo, sino en conservar fielmente un mensaje.

Cada generación de creyentes recibe el mismo depósito de la fe y tiene la responsabilidad de transmitirlo íntegro a la siguiente. La autoridad no reside en nuevas revelaciones ni en nuevos apóstoles, sino en la Palabra de Dios anunciada por aquellos que Cristo envió.

John Stott resume esta idea con notable claridad al afirmar que la Iglesia sigue siendo apostólica porque continúa viviendo bajo la autoridad de la enseñanza apostólica conservada en las Escrituras, no porque aparezcan nuevos apóstoles con autoridad equivalente a la de los primeros.

La misma idea aparece muy temprano en la historia de la Iglesia. A finales del siglo II, Ireneo de Lyon (c. 130–202 d. C.), uno de los principales padres de la Iglesia, escribió su obra *Contra las herejías* para refutar las enseñanzas gnósticas. Su argumento principal no consistía en invocar nuevas revelaciones, sino en apelar a la tradición apostólica, entendida como la doctrina pública recibida de los apóstoles y preservada fielmente por las

iglesias fundadas por ellos. Para Ireneo, la autenticidad de la fe cristiana podía comprobarse porque las iglesias conservaban la misma enseñanza transmitida desde los apóstoles. Su énfasis no recaía en una sucesión meramente institucional de personas, sino en la continuidad del Evangelio apostólico. En otras palabras, la autoridad de la Iglesia descansaba en la fidelidad al mensaje recibido, no en la aparición de nuevos apóstoles con autoridad doctrinal.

Ireneo no concebía la sucesión apostólica como una cadena de autoridad independiente de la verdad revelada. Para él, la legitimidad de los obispos descansaba precisamente en que conservaran íntegramente la enseñanza recibida de los apóstoles. La continuidad histórica y la continuidad doctrinal eran inseparables.¹

La historia de la Iglesia confirma esta realidad. Desde los primeros siglos, los cristianos reconocieron que la enseñanza apostólica constituía el criterio para discernir la verdadera doctrina. Los escritos que hoy forman el

¹ Ireneo de Lyon. *Contra las herejías (Adversus Haereses)*, Libro III, especialmente capítulos 1–4.

Nuevo Testamento fueron recibidos precisamente porque procedían de los apóstoles o de colaboradores directos de ellos y expresaban fielmente la fe que la Iglesia había recibido desde el principio.

Ser una Iglesia apostólica significa, por tanto, permanecer fiel al Evangelio anunciado por los apóstoles, interpretar las Escrituras con reverencia y transmitir la misma fe a las nuevas generaciones sin añadirle ni quitarle nada.

Esta comprensión protege a la Iglesia de dos peligros opuestos. El primero consiste en pensar que la autoridad doctrinal continúa ampliándose mediante nuevas revelaciones. El segundo, reducir el apostolado a un simple título honorífico desprovisto de su contenido bíblico. El Nuevo Testamento señala un camino diferente: el fundamento ya fue puesto; nuestra responsabilidad es seguir edificando sobre él.

Por ello, una Iglesia será verdaderamente apostólica no por el nombre que adopten sus dirigentes, sino por su fidelidad a la enseñanza de Cristo transmitida por los apóstoles. Esa

fidelidad doctrinal, unida a una vida transformada por el Evangelio, constituye la auténtica marca de la Iglesia de Jesucristo.

V Ministerio apostólico

El envío continúa; el fundamento permanece

Después de estudiar el oficio apostólico resulta natural formular una nueva pregunta.

Si los Doce y Pablo desempeñaron una función irrepetible en el establecimiento de la Iglesia, ¿por qué el Nuevo Testamento utiliza la palabra apóstol para referirse también a otras personas?

La respuesta exige distinguir cuidadosamente entre el **oficio apostólico fundacional** y el sentido más amplio de la palabra apóstolos.

Como vimos en el capítulo anterior, los Doce —junto con Pablo— fueron escogidos directamente por Jesucristo para cumplir una misión única: establecer el fundamento doctrinal de la Iglesia mediante el anuncio autorizado del Evangelio y la transmisión de la revelación del Nuevo Pacto.

Esa misión no vuelve a repetirse.

Sin embargo, el verbo griego del que procede *apostolos* significa simplemente enviar. En su sentido más amplio, un apostolos era alguien enviado con una misión específica.

Este uso explica por qué el Nuevo Testamento aplica ocasionalmente el término a otros colaboradores del ministerio apostólico.

Los enviados de la Iglesia

Pablo menciona a Bernabé junto con él en un contexto donde ambos reciben el nombre de apóstoles (Hechos 14:14).

También encontramos referencias a Jacobo, el hermano del Señor (Gálatas 1:19), y a otros colaboradores como Silvano y Timoteo, quienes participaron activamente en la expansión del Evangelio.

Incluso algunos estudiosos consideran que Andrónico y Junias (Romanos 16:7) fueron reconocidos entre los apóstoles, aunque este pasaje ha dado lugar a diferentes interpretaciones.

Estos casos muestran que el Nuevo Testamento emplea la palabra apóstol con un sentido más amplio que el reservado a los Doce.

No obstante, ninguno de ellos desempeñó la función fundacional que caracterizó al colegio apostólico.

Como explica F. F. Bruce, el término puede describir tanto a los apóstoles de Cristo como a enviados de las iglesias. El contexto determina el significado.

¿Existe un ministerio apostólico?

Aquí conviene hacer una precisión importante.

El Nuevo Testamento nunca habla explícitamente de un "**ministerio apostólico**" utilizando esa expresión.

Lo que encontramos son personas enviadas por Cristo para una misión específica y, posteriormente, creyentes enviados por las iglesias para anunciar y extender el Evangelio.

Por ello, algunos autores prefieren hablar de una **función apostólica** o de un **ministerio misionero**.

John Stott observa que la dimensión misionera de la Iglesia permanece plenamente vigente. Toda la Iglesia ha sido enviada al mundo para anunciar a Cristo. Sin embargo, ese envío no debe confundirse con la autoridad única que recibieron los apóstoles fundacionales.

Esta distinción evita dos errores.

El primero consiste en negar que la Iglesia siga siendo enviada.

El segundo consiste en atribuir a los enviados actuales la misma autoridad doctrinal que tuvieron los apóstoles del primer siglo.}

La misión continúa

Jesús envió a los setenta discípulos antes de su última subida a Jerusalén (Lucas 10). Más tarde envió a toda la Iglesia a hacer discípulos de todas las naciones (Mateo 28:18-20).

La misión nunca terminó. Lo que concluyó fue el período fundacional de la revelación.

Cada generación de creyentes continúa siendo enviada para anunciar el mismo Evangelio.

La autoridad de ese anuncio ya no descansa en una nueva revelación, sino en la fidelidad a la revelación ya dada.

Un ministerio sin títulos

Quizá uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo consiste en distinguir entre función y título.

El Nuevo Testamento pone mucho más énfasis en la misión que en las denominaciones honoríficas.

Pablo rara vez apela a su condición de apóstol para reclamar privilegios personales. Cuando lo hace, suele ser para defender la autenticidad del Evangelio que predica, no para establecer una posición jerárquica sobre otros creyentes.

Esta observación resulta especialmente pertinente para la Iglesia contemporánea.

Con frecuencia se utilizan títulos como apóstol, profeta o patriarca para

destacar la autoridad de determinados líderes.

Sin embargo, el modelo apostólico del Nuevo Testamento apunta en otra dirección.

La grandeza del ministerio no se medía por el título recibido, sino por la fidelidad con que se servía a Cristo y a la Iglesia.

El verdadero espíritu apostólico

La palabra *apostolos* nos recuerda que la Iglesia es, por naturaleza, una comunidad enviada.

Cada creyente participa de esa misión.
Cada iglesia local está llamada a anunciar el Evangelio.
Cada generación recibe el encargo de transmitir fielmente la enseñanza apostólica.

En este sentido puede hablarse legítimamente de un espíritu apostólico o misión apostólica: una Iglesia que sale al encuentro del mundo para proclamar a Cristo.

Pero ese espíritu no convierte automáticamente a sus miembros en apóstoles con autoridad fundacional.

Como resume Craig L. Blomberg, la misión apostólica continúa; el oficio apostólico, entendido como fundamento irrepetible de la Iglesia, no.

Una misión que multiplica servidores

El verdadero espíritu apostólico no consiste en concentrar autoridad alrededor de una persona, sino en multiplicar discípulos que anuncien fielmente el Evangelio.

Esa fue la obra de los apóstoles del primer siglo.

Ese sigue siendo el desafío de la Iglesia del siglo XXI.

VI Profetas

La voz de Dios en la historia de la redención

Pocas figuras ocupan un lugar tan importante en la historia bíblica como los profetas. Desde Moisés hasta Juan el Bautista, Dios habló repetidamente a su pueblo por medio de hombres y mujeres escogidos para comunicar su voluntad.

Sin embargo, la palabra profeta ha adquirido significados muy diversos en nuestros días. Para algunos designa principalmente a quien predice acontecimientos futuros. Para otros, a cualquier predicador que proclama con autoridad la Palabra de Dios. También existen quienes afirman recibir nuevas revelaciones divinas con autoridad para toda la Iglesia.

Estas diferencias hacen necesario regresar al significado que el propio Nuevo Testamento atribuye al ministerio profético.

Antes de preguntarnos si existen profetas hoy, debemos comprender cuál

fue la función de los profetas en la historia de la revelación.

Más que predecir el futuro

La imagen popular del profeta suele reducirlo a un anunciador del porvenir.

Sin embargo, esa visión resulta incompleta.

La palabra hebrea נָבִיא (*nabí*) designa principalmente al portavoz de Dios, alguien llamado para comunicar fielmente el mensaje recibido del Señor.

En ocasiones ese mensaje incluía acontecimientos futuros.

En otras muchas ocasiones consistía en denunciar el pecado, llamar al arrepentimiento, exhortar al pueblo, consolar a los fieles o anunciar el juicio de Dios.

Las predicciones constituían únicamente una parte de su ministerio. Su tarea principal era hablar en nombre de Dios.

Como explica León Morris, el profeta no era esencialmente un adivino religioso,

sino el portavoz autorizado de la voluntad divina para una situación concreta.

Dios habló por medio de los profetas

El autor de Hebreos resume magistralmente la historia de la revelación:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas...” (Hebreos 1:1). RVA.

Toda la historia del Antiguo Testamento muestra a Dios revelando progresivamente su voluntad.

No toda la revelación fue dada de una sola vez.

Fue desarrollándose a lo largo de los siglos hasta alcanzar su plenitud en Jesucristo.

Cada profeta añadió una pieza al gran mosaico de la revelación.

Isaías anunció al Siervo sufriente.

Jeremías habló del Nuevo Pacto.

Ezequiel contempló la restauración futura.

Daniel anunció el reino eterno del Hijo del Hombre.

Todos apuntaban finalmente hacia Cristo.

Como afirma F. F. Bruce, la revelación del Antiguo Testamento posee un carácter progresivo que encuentra su cumplimiento definitivo en Jesucristo.

El profeta y la Palabra

Existe un aspecto que con frecuencia pasa desapercibido.

Los profetas no hablaban por iniciativa propia. Su autoridad no procedía de su personalidad ni de su prestigio.

Procedía exclusivamente del mensaje que Dios les confiaba.

Por esa razón los libros proféticos repiten constantemente expresiones como: "Así dice el Señor..." o "Vino a mí palabra del Señor..."

La autoridad residía en la Palabra. No en el hombre. Este principio continúa siendo fundamental para la Iglesia.

Ningún líder espiritual posee autoridad por sí mismo.

Toda autoridad legítima depende de su fidelidad a la Palabra de Dios.

La fe cristiana no consiste en creer que Dios puede hablar; consiste en responder con obediencia al Dios que ya ha hablado.

Cristo: la revelación definitiva

El Nuevo Testamento presenta a Jesucristo como el cumplimiento de toda la revelación anterior.

El prólogo del Evangelio de Juan identifica a Cristo con el Verbo eterno hecho carne.

Hebreos afirma que Dios, después de hablar por los profetas, ha hablado por el Hijo.

No se trata simplemente de un profeta más. Cristo es la revelación plena de Dios.

Como escribe John Stott, los profetas prepararon la venida de Cristo; Cristo constituye el centro hacia el cual apuntaba toda la revelación bíblica.

Este hecho transforma la comprensión del ministerio profético.

La pregunta ya no consiste únicamente en quién transmite mensajes de Dios.

La pregunta es cómo debe entenderse el ministerio profético después de la revelación definitiva en Jesucristo.

El período intertestamentario

Después del ministerio del profeta Malaquías comenzó un período de aproximadamente cuatro siglos durante el cual Israel no reconoció nuevos profetas con autoridad semejante a la de Isaías, Jeremías o Ezequiel.

Este tiempo, conocido como período intertestamentario, concluye con la aparición de Juan el Bautista, quien prepara el camino para la venida del Mesías.

Durante esos siglos se escribieron diversas obras de gran valor histórico y religioso, conocidas tradicionalmente como deuterocanónicas o apócrifas, según la tradición cristiana que las considere.

Aunque estos escritos ofrecen un valioso testimonio del contexto espiritual y político previo al nacimiento de Cristo, ni el judaísmo ni una parte importante de la tradición cristiana los consideran parte de la revelación profética que constituye el fundamento de las Sagradas Escrituras.

Este hecho resulta significativo para el tema que nos ocupa. La expectativa del pueblo de Israel no era la aparición continua de nuevos profetas, sino el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas ya reconocidos. Con la llegada de Juan el Bautista y, sobre todo, de Jesucristo, la historia de la revelación alcanza su momento culminante.

El propósito de la profecía

Uno de los errores más frecuentes consiste en identificar profecía con predicción.

La Biblia presenta un panorama mucho más amplio.

Los profetas enseñaban. Exhortaban. Consolaban. Corregían. Llamaban al arrepentimiento. Anunciaban

esperanza. En ocasiones revelaban acontecimientos futuros.

Pero siempre con un propósito redentor. Nunca para satisfacer la curiosidad humana.

Por ello, convertir la profecía en un mecanismo permanente para conocer detalles del futuro desvirtúa profundamente el modelo bíblico.

El propósito de la revelación nunca fue alimentar el sensacionalismo.

Fue conducir al pueblo hacia la obediencia a Dios.

Una advertencia para nuestro tiempo

Vivimos en una época fascinada por las experiencias extraordinarias.

Con frecuencia se busca al profeta como quien consulta un oráculo.

¿Debo aceptar este trabajo?

¿Con quién debo casarme?

¿Dónde debo vivir?

Este fenómeno no es nuevo.

Ya en tiempos del Antiguo Testamento existían falsos profetas que hablaban

conforme a los deseos del pueblo y no conforme a la voluntad de Dios.

Por ello, la Escritura insiste repetidamente en la necesidad del discernimiento.

Como recuerda D. A. Carson, toda pretensión de hablar en nombre de Dios debe someterse al juicio de la Palabra previamente revelada.

La autoridad nunca puede descansar únicamente en la experiencia personal.

La Iglesia necesita la voz profética
Todo lo anterior no significa que la Iglesia haya dejado de necesitar una voz profética.
La necesita más que nunca.

Necesita hombres y mujeres capaces de proclamar con fidelidad las Escrituras. Necesita creyentes que denuncien la injusticia. Que llamen al arrepentimiento. Que anuncien la esperanza del Evangelio. Que consuelen a los afligidos. Que exhortan con amor.

En este sentido, la función profética continúa plenamente vigente.

Lo que debemos estudiar en los capítulos siguientes es si esa continuidad implica también la existencia de profetas con autoridad revelacional semejante a la de los profetas bíblicos.

Esa pregunta constituye precisamente el centro del debate contemporáneo.

VII. Cristo, la revelación definitiva de Dios

La revelación progresiva

Desde las primeras páginas de la Biblia descubrimos que Dios ha querido darse a conocer al ser humano. No permaneció en silencio ni ocultó su voluntad. A lo largo de la historia habló de muchas maneras: mediante hechos, promesas, pactos, símbolos, leyes, profetas y sabios.

La revelación bíblica no fue entregada de una sola vez. Dios la fue comunicando progresivamente conforme avanzaba su plan redentor.

Cada nueva intervención iluminaba la anterior y preparaba la siguiente.

No era una colección de mensajes aislados.

Era una historia que avanzaba hacia un cumplimiento.

Como explica Geerhardus Vos, considerado el padre de la teología bíblica moderna, **la revelación posee un carácter histórico y progresivo.**

Dios no revela toda la verdad simultáneamente, sino que la desarrolla dentro de la historia de la redención hasta alcanzar su plenitud en Jesucristo.

Esta perspectiva permite comprender la unidad de toda la Escritura.

Dios habló por medio de los profetas

Durante siglos Dios utilizó a los profetas como instrumentos para comunicar su voluntad.

El autor de Hebreos resume este proceso con extraordinaria claridad:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas...” (Hebreos 1:1). RVA.

Los profetas no hablaban en nombre propio. Su autoridad descansaba exclusivamente en la palabra que Dios les confiaba.

Cada uno contribuyó a la construcción del gran anuncio mesiánico.
Isaías contempló al Siervo sufriente.
Jeremías anunció el Nuevo Pacto.

Ezequiel habló del nuevo corazón.
Daniel anunció el reino eterno del Hijo
del Hombre.
Todos ellos preparaban la llegada de
Cristo.

El Hijo como revelación plena

El mismo pasaje de Hebreos introduce
un cambio decisivo.

Después de hablar por los profetas,
«...en estos últimos días nos ha hablado
por su Hijo...»
La diferencia resulta extraordinaria.

Dios ya no habla únicamente por medio
de mensajeros.
Habla mediante su propio Hijo.

Jesucristo no es simplemente un nuevo
profeta.
Es la culminación de toda la revelación
anterior.

Como afirma el prólogo del Evangelio
de Juan, el Verbo eterno se hizo carne
y habitó entre nosotros.

La revelación dejó de ser solamente un
mensaje.
La revelación se hizo persona.

F. F. Bruce observa que el cristianismo no comienza con un nuevo libro, sino con una persona. Las Escrituras dan testimonio de Cristo, y Cristo constituye la revelación suprema del Padre.

La enseñanza de los apóstoles

Después de la ascensión de Cristo, los apóstoles recibieron la responsabilidad de proclamar e interpretar fielmente aquello que habían visto y oído.

Jesús les prometió que el Espíritu de - Dios les recordaría sus enseñanzas y los guiaría a toda la verdad.

Esta promesa tiene un contexto muy específico.

Está dirigida a quienes serían testigos autorizados del ministerio, muerte y resurrección de Cristo.

Sobre ese fundamento nació el Nuevo Testamento.

Los escritos apostólicos no añadieron un Evangelio diferente.

Explicaron plenamente el significado de Cristo.

Como señala Richard B. Gaffin Jr., la función revelacional de los apóstoles pertenece al mismo acontecimiento histórico de Cristo y constituye una parte inseparable del fundamento de la Iglesia.

El depósito de la fe

El Nuevo Testamento utiliza una expresión muy significativa.

Pablo habla del **depósito** confiado a la Iglesia (1 Timoteo 6:20; 2 Timoteo 1:14).

Judas exhorta a contender ardientemente por “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

Obsérvese el lenguaje. No dice que la fe continúa ampliándose. Habla de un depósito recibido. Una vez entregado.

La responsabilidad de la Iglesia ya no consiste en recibir nuevas doctrinas, sino en conservar fielmente las que fueron reveladas en Cristo y transmitidas por los apóstoles.

¿Significa esto que Dios ha dejado de hablar?

Aquí conviene hacer una distinción muy importante.

Afirmar que la revelación normativa alcanzó su plenitud en Cristo y en el testimonio apostólico no significa que Dios haya dejado de actuar, guiar, corregir o consolar a su pueblo.

Dios continúa obrando mediante su Espíritu. Ilumina la comprensión de las Escrituras. Convince de pecado. Conduce a los creyentes. Responde a la oración.

Abre puertas para el servicio. Da sabiduría. Produce convicción. Todo esto forma parte de la vida normal del creyente.

Lo que afirmamos es algo distinto.

No esperamos una nueva revelación con autoridad doctrinal equivalente a la Escritura.

Como explica John Stott, el Espíritu de Dios no vino para revelar un Evangelio diferente, sino para iluminar, aplicar y

hacer eficaz el Evangelio ya revelado en Jesucristo.

Esta diferencia resulta esencial para evitar confusiones.

La suficiencia de las Escrituras

La Iglesia continúa creciendo en conocimiento. La teología progresa. La investigación histórica avanza. Nuestra comprensión puede profundizarse constantemente. Pero ninguna de esas cosas añade una nueva revelación.

Descubrimos mejor lo que Dios ya reveló. No recibimos un Evangelio distinto.

Como señala D. A. Carson, la iluminación del Espíritu nunca debe confundirse con inspiración en el sentido en que fueron inspiradas las Escrituras.

La inspiración produjo la revelación bíblica. La iluminación nos permite comprenderla.

Confundir ambos conceptos ha sido origen de numerosos errores a lo largo de la historia cristiana.

Una responsabilidad permanente

Si Dios ha dado en Cristo la revelación definitiva para la salvación del mundo, la responsabilidad de la Iglesia cambia profundamente.

Ya no somos llamados a buscar nuevas doctrinas. Somos llamados a conocer mejor las ya reveladas. A enseñarlas con fidelidad. A vivirlas con obediencia. A transmitir las íntegramente a las siguientes generaciones.

La tarea de la Iglesia nunca ha consistido en ampliar el fundamento, sino en seguir edificando sobre él.

Precisamente por esa razón el Nuevo Testamento exhorta repetidamente a perseverar en la enseñanza apostólica.

No porque falte revelación.
Sino porque el corazón humano siempre corre el riesgo de apartarse de ella.

Si la revelación alcanzó su plenitud en Cristo, ¿Cómo debemos entender entonces la existencia de profetas en el Nuevo Testamento y las referencias al don de profecía? Esa será la cuestión que abordaremos a continuación.

La revelación de Dios alcanzó su plenitud en Cristo

Uno de los principios fundamentales de la fe cristiana es que Dios ha revelado plenamente su voluntad para la salvación por medio de Jesucristo y del testimonio inspirado de sus apóstoles.

Jesús declaró a sus discípulos:
“Ya no os llamaré siervos... porque todas las cosas que oí de mi Padre, os he hecho notorias” (Juan 15:15, RVA).

Con estas palabras, el Señor afirma que comunicó a sus discípulos todo lo necesario para la misión que les sería confiada. Posteriormente, el Cristo resucitado reveló al apóstol Pablo el misterio del Evangelio para los gentiles, incorporándolo al mismo fundamento apostólico:
“...por revelación me fue declarado el misterio...” (Efesios 3:2-6, RVA).

La Iglesia quedó edificada sobre ese fundamento. No necesita una nueva revelación, sino comprender, obedecer y proclamar fielmente la que Dios ya concedió.

Después del ministerio del profeta Malaquías transcurrieron aproximadamente cuatro siglos durante los cuales Israel no reconoció nuevos profetas con autoridad semejante a la de Isaías, Jeremías o Ezequiel. Este período, conocido como intertestamentario, concluyó con la aparición de Juan el Bautista y, finalmente, con la venida de Jesucristo, en quien la revelación de Dios alcanzó su plenitud.

Durante esos siglos se escribieron diversas obras de gran valor histórico y religioso, conocidas tradicionalmente como deuterocanónicas o apócrifas, según la tradición cristiana que las considere. Aunque estos escritos ayudan a comprender el contexto previo al nacimiento de Cristo, no forman parte del fundamento profético y apostólico sobre el cual fue edificada la Iglesia.

Por esa razón, el Nuevo Testamento exhorta constantemente a permanecer en la enseñanza recibida y a desconfiar

de cualquier doctrina que pretenda añadir nuevos fundamentos a la fe.

Pablo advierte:

“Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres... y no según Cristo” (Colosenses 2:8, RVA).

Y también exhorta:

“...aprendáis en nosotros a no pensar más de lo que está escrito...” (1 Corintios 4:6, RVA).

Estas advertencias no buscan limitar la acción del Espíritu Santo, sino proteger a la Iglesia contra aquellas enseñanzas que sustituyen la autoridad de la Palabra por opiniones humanas o supuestas revelaciones particulares.

La Biblia concluye con una solemne advertencia:

“Si alguno añadiere a estas cosas, Dios pondrá sobre él las plagas que están escritas en este libro; y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del árbol de la vida...” (Apocalipsis 22:18-19, RVA).

Advertencias semejantes aparecen también en Deuteronomio 4:2, Deuteronomio 12:32 y Proverbios 30:5-6, recordando que la Palabra de Dios no debe ser alterada ni por exceso ni por omisión.

Esto resulta especialmente relevante en una época en la que numerosos líderes afirman recibir nuevas revelaciones, mensajes directos de Dios o doctrinas que no pueden demostrarse mediante las Escrituras. La Iglesia debe ejercer discernimiento. Toda enseñanza, toda profecía y toda experiencia espiritual deben ser examinadas a la luz de la revelación que Dios ya ha dado.

Esto no significa que Dios haya dejado de hablar a su pueblo. El Espíritu Santo continúa iluminando las Escrituras, guiando a los creyentes, convenciendo de pecado y fortaleciendo a la Iglesia para cumplir su misión. Pero su ministerio nunca consiste en añadir nuevas doctrinas ni en corregir la revelación ya entregada en Jesucristo y preservada por los apóstoles.

Por ello, el creyente no está llamado a buscar una nueva revelación, sino a profundizar en la que Dios ya concedió.

Allí encontrará todo lo necesario para conocer a Cristo, crecer en la fe y vivir conforme a la voluntad del Padre.

VIII. Los profetas en el Nuevo Testamento

Continuidad y transformación del ministerio profético

Hasta ahora hemos visto que la revelación bíblica alcanza su culminación en Jesucristo y que los apóstoles recibieron la misión de transmitir fielmente esa revelación a la Iglesia naciente. Sin embargo, el Nuevo Testamento continúa mencionando profetas incluso después de la resurrección de Cristo.

Este hecho plantea una pregunta inevitable:

¿Qué función desempeñaban esos profetas?

Responder correctamente esta cuestión resulta fundamental para comprender el papel del ministerio profético en la Iglesia.

Una nueva etapa en la historia de la redención

Los profetas del Antiguo Testamento anunciaban la venida del Mesías. Los profetas del Nuevo Testamento anuncian al Mesías que ya ha venido.

La diferencia parece sencilla, pero modifica profundamente la naturaleza de su ministerio.

Ahora el centro del mensaje ya no es la expectativa del Salvador, sino la proclamación del Evangelio de Jesucristo.

Como observa George Eldon Ladd, el Reino de Dios anunciado por los profetas irrumpe con la venida de Cristo y redefine toda la expectativa profética del Antiguo Testamento.

Los profetas de la Iglesia primitiva

El libro de los Hechos menciona varias personas identificadas como profetas.

Entre ellas aparecen Agabo, las cuatro hijas de Felipe y algunos líderes de la iglesia de Antioquía.

Agabo anunció una gran hambre que afectaría al Imperio Romano (Hechos 11:27-30) y posteriormente advirtió a Pablo sobre el sufrimiento que le esperaba en Jerusalén (Hechos 21:10-11).

Las hijas de Felipe eran conocidas por ejercer un ministerio profético (Hechos 21:9).

En Antioquía se mencionan "profetas y maestros" que participaban activamente en la dirección espiritual de la iglesia (Hechos 13:1).

Estos pasajes muestran que el ministerio profético continuó existiendo durante la época apostólica.

La cuestión no es si había profetas.

La cuestión es qué autoridad tenía su ministerio.

La autoridad de los profetas del Nuevo Testamento

Aquí encontramos una diferencia importante respecto al Antiguo Testamento.

Los profetas veterotestamentarios hablaban con autoridad revelacional para todo el pueblo de Dios.

En el Nuevo Testamento, las profecías aparecen sometidas al discernimiento de la comunidad.

Pablo instruye: “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen.” (1 Corintios 14:29). RVA.

Este detalle merece atención. Nunca encontramos un mandato semejante respecto a Isaías, Jeremías o Ezequiel. Su autoridad provenía directamente del Señor.

En cambio, las profecías pronunciadas en las iglesias debían ser examinadas cuidadosamente.

Como señala Wayne Grudem, este texto constituye uno de los argumentos principales para distinguir entre la revelación fundacional de la Escritura y las manifestaciones proféticas presentes en la iglesia del primer siglo. Aunque Grudem sostiene una postura continuista, su análisis ayuda a comprender que el propio Nuevo

Testamento establece diferencias dentro del fenómeno profético.

No todos los estudiosos aceptan esta interpretación. Richard B. Gaffin Jr. entiende que el ministerio profético del Nuevo Testamento formó parte del período fundacional de la Iglesia y estuvo ligado a la revelación apostólica, razón por la cual no debía prolongarse una vez concluido ese fundamento.

Presentar ambas posiciones enriquece el análisis y permite al lector comprender el debate antes de llegar a una conclusión.

Profecía y edificación

Pablo resume el propósito del ministerio profético con una frase sencilla y profunda.

La profecía tiene como finalidad: edificar, exhortar, consolar. (1 Corintios 14:3).

Resulta significativo que Pablo no mencione aquí la predicción del futuro.

La función principal del ministerio profético dentro de la iglesia consistía

en fortalecer espiritualmente a los creyentes.

Como explica Gordon D. Fee, el énfasis de Pablo recae sobre la edificación de la comunidad, no sobre el carácter espectacular de las manifestaciones.

El caso de Agabo

Agabo merece una consideración especial.

Predijo una gran hambre que efectivamente ocurrió durante el reinado del emperador Claudio. Más adelante anunció el arresto de Pablo en Jerusalén.

Su ministerio demuestra que Dios podía revelar acontecimientos futuros durante la etapa apostólica.

Sin embargo, el objetivo de aquellas revelaciones nunca fue satisfacer la curiosidad de la Iglesia.

Su propósito consistía en preparar al pueblo de Dios para responder con fe y obediencia.

La profecía impulsó a los creyentes de Antioquía a organizar ayuda para los hermanos afectados por la hambruna.

La revelación produjo servicio. No sensacionalismo.

El cierre del período fundacional

La Iglesia del primer siglo vivió un momento irrepetible.

El Evangelio se estaba extendiendo por primera vez. Los apóstoles todavía ejercían su ministerio. El Nuevo Testamento aún no había sido completado.

Era un tiempo de transición entre la revelación culminada en Cristo y la consolidación de la enseñanza apostólica por escrito.

Por ello, debemos tener cuidado de no convertir automáticamente todas las circunstancias extraordinarias de aquella etapa en normas permanentes para todas las generaciones.

Como observa F. F. Bruce, la Iglesia apostólica vivió acontecimientos propios de su carácter fundacional que no

necesariamente se repiten una vez establecido el fundamento.

¿Qué permanece vigente?

La pregunta no es únicamente si existieron profetas en el Nuevo Testamento. Eso resulta indiscutible.

La verdadera pregunta es: ¿Qué aspecto de ese ministerio continúa hoy?

Todo el Nuevo Testamento responde afirmativamente respecto a la necesidad permanente de la edificación, la exhortación y la consolación de la Iglesia.

La proclamación fiel de la Palabra continúa siendo indispensable.

Lo que debemos examinar todavía es si esa continuidad implica también la existencia de una revelación normativa semejante a la que recibieron los profetas durante el período fundacional.

Ese será precisamente el tema del siguiente capítulo.

IX. Revelación, iluminación y el ministerio profético

Leamos tres conceptos que no deben confundirse

Buena parte de las discusiones sobre el ministerio profético nacen de una confusión entre tres conceptos diferentes: revelación, inspiración e iluminación.

Aunque están estrechamente relacionados, no significan lo mismo.

Distinguirlos correctamente permite comprender mejor la manera en que Dios se comunica con su pueblo y evita muchos malentendidos que han surgido a lo largo de la historia de la Iglesia.

La revelación

La revelación es la iniciativa mediante la cual Dios da a conocer verdades que el ser humano jamás podría descubrir por sus propios medios.

No nace de la inteligencia humana.

No procede de la reflexión filosófica.
Tiene su origen exclusivamente en Dios.

Así fueron recibidas las promesas dadas a Abraham, la Ley entregada a Moisés, las visiones de Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel, así como la revelación dada a los apóstoles acerca de Jesucristo.

Toda la Escritura tiene su origen en la revelación divina.

Como explica Louis Berkhof, la revelación consiste en el acto por el cual Dios hace conocido aquello que de otra manera permanecería oculto al entendimiento humano.

La inspiración

La inspiración responde a otra pregunta. ¿Cómo quedó preservada esa revelación?

El Espíritu de Dios guio a los autores bíblicos para que escribieran fielmente el mensaje de Dios utilizando su propio estilo, vocabulario y contexto histórico.

No anuló su personalidad. La utilizó.

Por ello cada libro de la Biblia posee características literarias propias y, al mismo tiempo, forma parte de una única revelación inspirada.

Como observa Millard Erickson, la inspiración garantiza la confiabilidad de las Escrituras, no porque los autores dejaran de ser plenamente humanos, sino porque Dios supervisó soberanamente el proceso mediante el cual comunicaron su Palabra.

La iluminación

La iluminación constituye una obra diferente del Espíritu de Dios. No añade nuevas verdades. No produce nuevas Escrituras. No amplía el depósito de la fe.

Su propósito consiste en abrir el entendimiento del creyente para comprender, aceptar y aplicar la revelación ya dada.

Cada vez que un cristiano entiende con mayor profundidad un pasaje bíblico, el Espíritu está iluminando su mente.

No está recibiendo una nueva revelación. Está comprendiendo mejor la revelación existente.

Como explica John Frame, la iluminación nunca sustituye a la revelación; depende completamente de ella.

El ministerio profético bajo esta perspectiva

Esta distinción permite comprender mejor el papel del ministerio profético dentro de la Iglesia.

El profeta bíblico del período fundacional recibía revelación de Dios.

Esa revelación podía quedar incorporada al depósito de la fe mediante la inspiración.

Quienes hoy enseñan, predicán, exhortan y consuelan a la Iglesia ejercen un ministerio que depende de la iluminación del Espíritu de Dios sobre las Escrituras ya reveladas.

No comunican un Evangelio nuevo.

Aplican el Evangelio eterno a las circunstancias concretas de cada generación.

En este sentido, puede afirmarse que la Iglesia continúa necesitando una voz profética.

Pero esa voz encuentra su autoridad en la fidelidad a las Escrituras, no en la recepción de nuevas revelaciones doctrinales.

**¿Qué ocurre cuando alguien dice:
"Dios me dijo..."?**

Esta expresión merece una reflexión cuidadosa.

Muchos creyentes utilizan frases como:

"Dios puso esto en mi corazón."

"Siento que el Señor me guía."

"Creo que Dios me está llamando a...."

Estas expresiones forman parte de la experiencia cristiana y reflejan la dirección providencial del Espíritu de Dios.

Sin embargo, existe una diferencia importante entre compartir una

convicción espiritual y afirmar que se ha recibido una revelación con autoridad divina para otras personas.

La primera requiere humildad y discernimiento.

La segunda exige una autoridad equivalente a la de los profetas bíblicos. Por ello conviene expresar nuestras convicciones con prudencia.

Más apropiado que afirmar "Dios me dijo" puede ser decir: "Después de orar y estudiar las Escrituras, creo que el Señor me está guiando en esta dirección."

Este lenguaje reconoce la obra del Espíritu de Dios sin atribuir a nuestras impresiones la autoridad propia de la revelación inspirada.

Esto no significa que debamos desconfiar de toda impresión espiritual.

Dios puede traer a nuestra mente un pasaje bíblico, impulsarnos a visitar a una persona, motivarnos a orar con insistencia o abrir una oportunidad inesperada para servir.

La prudencia cristiana consiste en discernir estas experiencias a la luz de

las Escrituras, con humildad y en el contexto de la comunidad de fe.

Cuanto mayor sea la convicción de haber recibido una dirección de Dios, mayor debe ser también la disposición a someterla al examen de la Palabra y al consejo de creyentes maduros.

El Espíritu sigue hablando

Afirmar que la revelación normativa alcanzó su plenitud en Cristo no significa que Dios permanezca en silencio.

El Espíritu de Dios continúa hablando a la Iglesia. Lo hace principalmente mediante las Escrituras.

También obra en la conciencia del creyente. Produce convicción. Concede sabiduría. Trae consuelo. Da discernimiento. Abre puertas para el servicio. Corrige. Fortalece.

Pero todo ello ocurre siempre en armonía con la Palabra previamente revelada.

Como recuerda D. A. Carson, el Espíritu nunca contradice aquello que Él mismo inspiró.

Una Iglesia sensible al Espíritu y sometida a la Palabra

A lo largo de la historia han surgido dos errores opuestos.

Algunos han reducido la vida cristiana a un ejercicio puramente intelectual, olvidando la acción viva del Espíritu de Dios.

Otros han concedido tanta autoridad a las experiencias personales que han terminado colocando impresiones subjetivas al mismo nivel que las Escrituras.

El Nuevo Testamento evita ambos extremos.

La Iglesia necesita una profunda dependencia del Espíritu de Dios. Pero también necesita una firme sumisión a la autoridad de la Palabra.

Como escribió John Stott, la misión del Espíritu de Dios consiste en glorificar a Cristo y conducir a la Iglesia hacia una comprensión cada vez más profunda de su obra.

El criterio permanente

Toda experiencia espiritual debe responder finalmente a una pregunta sencilla: ¿Conduce a una comprensión más fiel de Cristo y de las Escrituras?

Si la respuesta es afirmativa, probablemente estamos ante la obra iluminadora del Espíritu.

Si pretende añadir doctrinas nuevas, modificar el Evangelio o reclamar una autoridad equivalente a la de la revelación bíblica, debe ser examinada con extremo cuidado.

La Iglesia no vive de nuevas revelaciones.

Vive del Evangelio revelado una vez y para siempre en Jesucristo, iluminado continuamente por el Espíritu de Dios para cada nueva generación.

X. Falsos profetas y el discernimiento espiritual

La verdad frente al engaño

Desde los primeros capítulos de la Biblia hasta las últimas páginas del Apocalipsis encontramos una constante advertencia: junto a la obra de Dios siempre aparecen voces que pretenden hablar en su nombre sin haber sido enviadas por Él.

La existencia de falsos profetas no constituye un fenómeno exclusivo de nuestros días. Acompaña toda la historia de la revelación.

Precisamente por ello, la Escritura no solo exhorta a escuchar la voz de Dios, sino también a desarrollar discernimiento para distinguir la verdad del engaño.

Los falsos profetas en el Antiguo Testamento

Los primeros ejemplos aparecen ya en tiempos de Moisés.

Cuando Dios envió a Moisés y Aarón ante el faraón, los magos de Egipto imitaron algunas de las señales realizadas por ellos (Éxodo 7).

Más adelante surgieron profetas que hablaban conforme a los deseos del pueblo o de los reyes, pero no conforme a la voluntad de Dios.

Uno de los casos más conocidos aparece durante el reinado de Acab, cuando cuatrocientos profetas anunciaron una victoria que Dios nunca había prometido, mientras Micaías permanecía prácticamente solo defendiendo la palabra del Señor (1 Reyes 22).

Jeremías tuvo que enfrentarse repetidamente a profetas que anunciaban paz cuando el juicio de Dios ya había sido decretado.

La enseñanza es clara. No todo mensaje religioso procede de Dios.

La advertencia de Jesús

Jesús confirmó que el problema continuaría durante la era de la Iglesia.

Nos advirtió que nos cuidemos de los falsos profetas (Mateo 7:15).

Y más adelante anunció que aparecerían falsos cristos y falsos profetas capaces incluso de realizar señales que confundirían a muchas personas (Mateo 24:24).

Resulta significativo que Jesús no diga que los reconoceremos por la espectacularidad de sus manifestaciones.

Dice que los conoceremos **por sus frutos**. El criterio no es la apariencia. Es el carácter. No es la popularidad. Es la fidelidad a Dios.

El verdadero discernimiento

En ocasiones se piensa que discernir consiste únicamente en descubrir espíritus malignos.

El Nuevo Testamento presenta un concepto mucho más amplio.

Discernir significa aprender a distinguir entre la verdad y el error. Entre el Evangelio auténtico y sus imitaciones.

Entre la obra del Espíritu de Dios y las manifestaciones que buscan desplazar a Cristo del centro.

Por eso Juan exhorta: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo.” (1 Juan 4:1). RVA.

El examen comienza siempre por la doctrina.

Como señala D. A. Carson, el discernimiento cristiano no nace de la sospecha permanente, sino del conocimiento profundo de las Escrituras.

Cuanto mejor conocemos la verdad, con mayor facilidad reconocemos la falsificación.

El criterio apostólico

El Nuevo Testamento ofrece varios criterios para evaluar toda enseñanza que pretenda hablar en nombre de Dios.

Debe ser coherente con el Evangelio anunciado por Cristo y los apóstoles.

Debe glorificar a Jesucristo y no al mensajero.
Debe producir edificación y no dependencia.
Debe manifestar el fruto del Espíritu y no alimentar el orgullo, el temor o la manipulación.
Finalmente, debe resistir el examen de la comunidad cristiana y de las Escrituras.

Estos criterios son mucho más seguros que cualquier impresión subjetiva.

Señales, milagros y prodigios

La Biblia reconoce que pueden existir manifestaciones extraordinarias que no proceden de Dios. Esto exige prudencia.

Los milagros nunca constituyen por sí solos una prueba definitiva de autenticidad espiritual.

En toda la Escritura los milagros cumplen una función subordinada al mensaje. Nunca lo sustituyen.

Como observa Craig S. Keener, los milagros auténticos apuntan siempre hacia Cristo y fortalecen la fe en el

Evangelio; jamás desplazan su centralidad.

Adivinación y ocultismo

La Biblia distingue claramente entre la revelación de Dios y las prácticas ocultistas.

Desde el Antiguo Testamento aparecen severas advertencias contra la adivinación, la hechicería, el espiritismo y cualquier intento de manipular el mundo espiritual mediante prácticas prohibidas.

Estas actividades no representan una forma alternativa de conocer la voluntad de Dios.

Constituyen un camino expresamente rechazado por las Escrituras.

El creyente no necesita acudir a oráculos, horóscopos, médiums ni prácticas esotéricas.

Su confianza descansa en la providencia de Dios y en la suficiencia de su Palabra.

¿Existen realmente poderes espirituales malignos?

El Nuevo Testamento responde afirmativamente.

Jesús expulsó demonios.
Los apóstoles también enfrentaron manifestaciones demoníacas.
Pablo recuerda que nuestra lucha no es solamente contra fuerzas humanas, sino también contra realidades espirituales.

Sin embargo, la Biblia evita toda fascinación por el mundo demoníaco.

El centro del Evangelio nunca es Satanás. El centro es Cristo.

Como escribe C. S. Lewis en Cartas del diablo a su sobrino, existen dos errores opuestos: negar la existencia del diablo o interesarse excesivamente por él. Ambos extremos favorecen los propósitos del enemigo.

Cristo ha vencido

La enseñanza central del Nuevo Testamento no es el poder de las tinieblas. Es la victoria de Cristo.

Por su muerte y resurrección, Jesucristo triunfó sobre el pecado, la muerte y las potestades espirituales.

El creyente vive confiado en esa victoria. Esto no elimina la necesidad de vigilancia. Pero sí elimina el temor.

La vida cristiana no consiste en una obsesión permanente por los demonios. Consiste en permanecer unidos a Cristo.

Como afirma John Stott, la mejor defensa contra el error nunca ha sido el miedo, sino una vida arraigada en la verdad del Evangelio.

Una Iglesia con discernimiento

La Iglesia necesita hoy más discernimiento que sensacionalismo.

Necesita creyentes profundamente conocedores de las Escrituras.

Necesita líderes que sirvan con humildad.

Necesita comunidades donde toda enseñanza pueda ser examinada a la luz de la Palabra.

El mejor antídoto contra los falsos profetas no consiste en publicar listas de nombres.

Consiste en formar discípulos capaces de reconocer por sí mismos la voz del Buen Pastor.

Ese ha sido el propósito de este libro desde el principio.

No enseñar a desconfiar de todo.
Sino aprender a discernirlo todo a la luz de Cristo.

XI. Discernimiento de espíritus y liberación espiritual

El conflicto espiritual en la Biblia

La Biblia presenta al ser humano viviendo en un mundo donde existe un conflicto espiritual real. Desde el relato de la caída en Génesis hasta la victoria definitiva de Cristo anunciada en Apocalipsis, las Escrituras muestran la existencia de fuerzas espirituales que se oponen al propósito de Dios.

Sin embargo, el énfasis bíblico nunca recae en el poder del mal, sino en la soberanía de Dios. Satanás y los poderes de las tinieblas no actúan con independencia ni poseen un poder equivalente al del Creador. Son criaturas limitadas y su derrota definitiva quedó asegurada por la muerte y la resurrección de Jesucristo.

Esta perspectiva resulta fundamental. La Iglesia no vive obsesionada con el enemigo; vive confiada en la victoria de Cristo.

Jesús y la liberación espiritual

Los Evangelios muestran que Jesús expulsó demonios en numerosas ocasiones. Estos actos no fueron demostraciones aisladas de poder, sino señales de que el Reino de Dios había irrumpido en la historia.

Cada liberación anunciaba que el dominio del mal estaba siendo derrotado por la presencia del Mesías.

Como explica George Eldon Ladd, las expulsiones de demonios constituyen una manifestación visible de la llegada del Reino de Dios y anticipan la derrota definitiva de Satanás.

Los milagros de Jesús no tenían como finalidad despertar admiración, sino revelar quién era Él.

La autoridad dada a los discípulos

Jesús también otorgó a sus discípulos autoridad para anunciar el Evangelio, sanar enfermos y expulsar demonios. Más tarde, los apóstoles continuaron ejerciendo este ministerio durante el establecimiento de la Iglesia.

El libro de los Hechos registra diversos episodios en los que el poder de Cristo prevalece sobre la acción de espíritus malignos.

Estos acontecimientos muestran que la Iglesia primitiva no ignoraba la realidad del conflicto espiritual.

Sin embargo, tampoco convirtió la expulsión de demonios en el centro de su misión.

El libro de los Hechos dedica mucho más espacio a la predicación del Evangelio que a los exorcismos.

Ese detalle merece ser observado.

El discernimiento de espíritus

Entre los dones mencionados por Pablo aparece el discernimiento de espíritus.

Su propósito no consiste únicamente en identificar la presencia de espíritus malignos.

Consiste en distinguir el origen espiritual de determinadas enseñanzas, manifestaciones o influencias que afectan a la comunidad cristiana.

Discernir exige madurez espiritual, conocimiento de las Escrituras y dependencia del Espíritu de Dios.

No es un permiso para emitir juicios temerarios ni para atribuir toda dificultad a la acción demoníaca.

Como recuerda D. A. Carson, el discernimiento bíblico comienza con la verdad revelada y no con las impresiones subjetivas.

El peligro de los extremos

A lo largo de la historia de la Iglesia han surgido dos posturas igualmente problemáticas.

La primera minimiza la existencia del mundo espiritual y explica todo únicamente desde factores psicológicos, sociales o biológicos.

La segunda atribuye casi cualquier problema humano a la actividad demoníaca.

Ninguna de las dos refleja el equilibrio de las Escrituras.

La Biblia reconoce la realidad de la influencia demoníaca, pero también reconoce la responsabilidad humana, la enfermedad física, las emociones, el pecado personal y las consecuencias naturales de vivir en un mundo caído.

No todo sufrimiento tiene un origen demoníaco.

No toda enfermedad requiere liberación espiritual.

No toda tentación implica posesión.

La prudencia pastoral exige distinguir cuidadosamente cada situación.

La victoria de Cristo

El fundamento de toda liberación cristiana no reside en técnicas, fórmulas o rituales.

Reside en la autoridad de Jesucristo.

El Nuevo Testamento presenta la cruz como el acontecimiento decisivo mediante el cual Cristo derrotó al pecado, a la muerte y a las potestades espirituales.

Por ello, el creyente no enfrenta el mal desde el temor, sino desde la confianza.

Como escribe John Stott, la autoridad del cristiano no procede de sí mismo, sino de su unión con Cristo.

Prudencia pastoral

Uno de los mayores desafíos para la Iglesia contemporánea consiste en evitar el espectáculo.

Cuando el ministerio de liberación se convierte en un evento público destinado a impresionar, corre el riesgo de desviar la atención de Cristo hacia el ministro.

Los Evangelios muestran precisamente lo contrario.

Jesús nunca utilizó la liberación espiritual para construir prestigio personal.

Su propósito siempre fue restaurar integralmente a las personas y conducir las al Reino de Dios.

La verdadera liberación no termina con la expulsión de un espíritu inmundo.

Conduce a una vida transformada por el discipulado, la comunión con la Iglesia y la obediencia a Cristo.

Discernimiento y humildad

No todas las experiencias espirituales pueden explicarse con facilidad.

Existen situaciones donde confluyen factores físicos, psicológicos, emocionales y espirituales.

La prudencia cristiana aconseja evitar diagnósticos precipitados.

El discernimiento requiere oración, conocimiento bíblico, acompañamiento pastoral y, cuando corresponde, la colaboración con profesionales de la salud.

Lejos de debilitar la fe, esta actitud reconoce que Dios puede obrar mediante diversos medios para restaurar a la persona.

Cristo en el centro

El objetivo del ministerio cristiano nunca ha sido demostrar poder sobre los demonios.

Ha sido anunciar la reconciliación con Dios por medio de Jesucristo.

La Iglesia proclama el Evangelio porque sabe que ninguna liberación es más profunda que aquella mediante la cual el pecador es reconciliado con su Creador.

La expulsión de demonios, cuando ocurre, constituye una manifestación de la autoridad de Cristo.

La salvación constituye el propósito supremo de esa autoridad.

Por ello, la Iglesia está llamada a vivir con discernimiento, sin negar la realidad del conflicto espiritual, pero sin permitir que el enemigo ocupe el lugar que pertenece únicamente a Jesucristo.

La victoria pertenece a Cristo

En algunos ambientes cristianos se ha desarrollado un lenguaje de confrontación permanente con Satanás y las potestades espirituales. No es raro escuchar oraciones en las que se maldice al diablo, se le desafía directamente o se le atribuye una

atención desproporcionada dentro de la vida cristiana.

El Nuevo Testamento presenta una perspectiva diferente.

Cristo ya obtuvo la victoria decisiva sobre los poderes del mal mediante su muerte y resurrección. Pablo afirma que, en la cruz, Dios despojó a los principados y potestades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en Cristo (Colosenses 2:15). Esa victoria pertenece al Señor; la Iglesia vive a la luz de ella.

Al mismo tiempo, la Escritura exhorta a los creyentes a actuar con prudencia y humildad. Judas recuerda que ni siquiera el arcángel Miguel, al contender con el diablo, se atrevió a pronunciar un juicio injurioso, sino que dijo: “El Señor te reprenda” (Judas 9). De manera semejante, Pedro advierte contra quienes hablan con arrogancia de las potestades espirituales, mientras que los ángeles, siendo superiores en fuerza y poder, no profieren contra ellas juicios ofensivos delante del Señor (2 Pedro 2:10-11).

Estos pasajes enseñan una lección importante: la autoridad del creyente no

consiste en desafiar temerariamente al mundo espiritual, sino en permanecer sometido a Cristo. La lucha espiritual no se libra mediante expresiones altisonantes ni gestos de desafío, sino mediante una vida de obediencia, oración, fe y fidelidad al Evangelio.

La Iglesia no está llamada a engrandecer al enemigo, ni a vivir atemorizada por él, ni tampoco a ridiculizarlo. Está llamada a anunciar con confianza la victoria de Jesucristo y a permanecer firme en ella.

Humildad frente al mundo espiritual

La victoria de Cristo sobre Satanás y las potestades espirituales nunca debe confundirse con una licencia para hablar del mundo espiritual con arrogancia o desprecio.

En algunos sectores del cristianismo contemporáneo se ha popularizado un lenguaje desafiante hacia el diablo y las fuerzas del mal. No es raro escuchar expresiones en las que se insulta a Satanás, se le ridiculiza públicamente o se invita a los creyentes a sostener enfrentamientos verbales como si esa

fuera una demostración de autoridad espiritual.

Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta un modelo muy diferente.

Judas recuerda que ni siquiera el arcángel Miguel, al disputar con el diablo por el cuerpo de Moisés, se atrevió a pronunciar un juicio injurioso, sino que dejó el juicio en manos del Señor diciendo: “El Señor te reprenda” (Judas 9).

Pedro desarrolla la misma enseñanza al referirse a ciertos falsos maestros:

“...atrevidos y obstinados, no temen decir mal de las potestades superiores; mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en poder, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor” (2 Pedro 2:10-11).

Y añade una advertencia solemne:

“Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición” (2 Pedro 2:12, RVA).

Estas palabras no deben tomarse a la ligera. Pedro no condena la lucha espiritual ni la resistencia al diablo; condena la arrogancia espiritual de quienes hablan temerariamente sobre realidades que no comprenden y se atribuyen una autoridad que Dios no les ha concedido.

El creyente sí está llamado a resistir al diablo (Santiago 4:7) y a permanecer firme contra sus asechanzas (Efesios 6:11), pero nunca a convertir esa resistencia en un espectáculo de insultos, desafíos o demostraciones de poder personal. La autoridad pertenece a Jesucristo. Él venció en la cruz a los principados y potestades (Colosenses 2:15), y la Iglesia participa de esa victoria permaneciendo unida a Él, no sustituyéndolo ni pretendiendo librar una batalla que ya fue decidida por su Señor.

Por eso, la verdadera fortaleza espiritual no se manifiesta en el volumen de nuestras amenazas contra el enemigo, sino en la profundidad de nuestra obediencia a Cristo. La Escritura nos llama a la firmeza, al discernimiento y a la humildad, recordándonos que el triunfo pertenece al Señor y que nuestra

seguridad descansa en su victoria consumada.

La verdadera guerra espiritual

La Gran Comisión es la expresión más profunda de la guerra espiritual.

En las últimas décadas se ha difundido ampliamente una manera de entender la guerra espiritual que pone el énfasis en confrontaciones directas con Satanás y las potestades malignas. Han proliferado libros, seminarios y ministerios especializados en atar demonios territoriales, declarar juicios contra las fuerzas espirituales o desarrollar estrategias para enfrentar jerarquías demoníacas mediante actos simbólicos y proclamaciones públicas.

Sin negar la realidad del conflicto espiritual, conviene preguntarnos si ese énfasis corresponde al modelo presentado por el Nuevo Testamento.

Sorprendentemente, los apóstoles dedican muy poco espacio a describir enfrentamientos directos con Satanás. En cambio, dedican la mayor parte de sus esfuerzos a predicar el Evangelio,

formar discípulos, plantar iglesias y fortalecer a los creyentes.

La razón es sencilla.

La victoria decisiva sobre Satanás no sería obtenida por la Iglesia.

Ya fue obtenida por Jesucristo.

En la cruz, Cristo despojó a los principados y potestades y triunfó sobre ellos (Colosenses 2:15). Su resurrección confirmó públicamente esa victoria.

Por ello, la misión de la Iglesia no consiste en completar una batalla inconclusa, sino en anunciar una victoria ya alcanzada.

Cada vez que una persona cree en Cristo ocurre una auténtica liberación espiritual. Es trasladada del dominio de las tinieblas al Reino del Hijo amado (Colosenses 1:13). Ese traslado constituye una derrota real para el reino del mal.

En este sentido, la Gran Comisión representa la expresión más profunda de la guerra espiritual. Cada discípulo ganado para Cristo, cada iglesia plantada, cada vida transformada por el

Evangelio y cada comunidad alcanzada por la gracia de Dios manifiestan el avance del Reino y el retroceso de las tinieblas.

La verdadera guerra espiritual no consiste principalmente en hablar contra Satanás.
Consiste en anunciar a Jesucristo.

No consiste en desafiar constantemente al enemigo.
Consiste en hacer discípulos de todas las naciones.

No consiste en exaltar el poder del mal.
Consiste en proclamar la supremacía de Cristo.

Como recuerda Christopher J. H. Wright, la misión de la Iglesia participa en la *Missio Dei*: Dios mismo está reconciliando consigo al mundo por medio de Jesucristo. La Iglesia no crea esa victoria; participa de ella anunciándola fielmente.

Por eso, la guerra espiritual más eficaz no siempre es la más espectacular. Con frecuencia ocurre silenciosamente cuando un pecador se arrepiente, una familia es restaurada, una iglesia permanece fiel a las Escrituras o el

Evangelio llega a un lugar donde antes no era conocido. Allí retrocede el reino de las tinieblas y avanza el Reino de Dios.

La guerra espiritual no consiste principalmente en enfrentar directamente a Satanás, sino en extender el Reino de Dios mediante la proclamación del Evangelio.

El teólogo Oscar Cullmann explicó la tensión entre la victoria de Cristo y la realidad presente mediante una ilustración tomada de la Segunda Guerra Mundial.

Comparó la muerte y resurrección de Jesucristo con el "Día D" (el desembarco de Normandía), cuando la batalla decisiva ya había sido ganada, aunque la guerra aún no había concluido. La victoria definitiva llegaría meses después con el "Día V" (Día de la Victoria).

De manera semejante, la cruz aseguró de forma irreversible la derrota de Satanás, aunque las consecuencias de esa victoria todavía se desarrollan en la historia hasta el regreso glorioso de Cristo.

Esta perspectiva transforma la comprensión de la guerra espiritual. La Iglesia no combate para obtener una victoria que aún no existe, sino que anuncia y vive la victoria que Cristo ya alcanzó. Cada persona que recibe el Evangelio, cada discípulo que persevera en la fe y cada iglesia que proclama fielmente a Jesucristo representa una manifestación del avance del Reino de Dios sobre el reino de las tinieblas. La verdadera guerra espiritual consiste, por tanto, en participar en la misión de Cristo, no en intentar obtener una victoria que Él ya conquistó en la cruz.

“El cristiano no pelea para que Cristo venza. Pelea porque Cristo ya venció.”

XII. La unidad del cuerpo y la diversidad de los dones.

¿Existen dones superiores?

Uno de los debates más antiguos dentro del cristianismo consiste en determinar si algunos dones espirituales son superiores a otros. A lo largo de la historia, diferentes iglesias han destacado determinados ministerios como si representaran un nivel más elevado de espiritualidad. Para unos, el liderazgo apostólico ocupa el lugar principal; para otros, la profecía; para algunos, las lenguas; para otros, la enseñanza o el pastoreado.

Sin embargo, al leer cuidadosamente las cartas del apóstol Pablo descubrimos que quizá estamos formulando la pregunta equivocada.

El Nuevo Testamento no invita a establecer una clasificación de importancia entre los dones. Su propósito es mostrar cómo la diversidad de funciones manifiesta la sabiduría de Dios para edificar un solo cuerpo.

La verdadera pregunta no es cuál don ocupa el primer lugar.

La verdadera pregunta es por qué Dios quiso que existieran muchos dones diferentes.

Un solo cuerpo, muchos miembros

Para responder a esta pregunta, Pablo recurre a una de las imágenes más bellas y profundas de toda la Escritura: el cuerpo humano.

Cada órgano posee una función distinta. El ojo ve. El oído escucha. La mano trabaja. El pie sostiene. El corazón impulsa la vida.

Ninguno puede realizar por sí solo la tarea de todos los demás.

Precisamente esa diversidad hace posible la unidad.

La Iglesia funciona de la misma manera.

Cristo no llamó a todos para desempeñar idénticas funciones. Distribuyó diferentes dones para que los

creyentes aprendieran a depender unos de otros y a servir conjuntamente.

Como señala John Stott, la diversidad de dones no amenaza la unidad de la Iglesia; constituye uno de los principales medios mediante los cuales Dios la fortalece.

Esta enseñanza tiene profundas implicaciones pastorales.

Cuando una iglesia exalta un solo ministerio por encima de todos los demás, inevitablemente empobrece el funcionamiento del cuerpo. La riqueza de la Iglesia no consiste en la repetición de una misma función, sino en la armonía de múltiples ministerios que cooperan bajo la autoridad de Cristo.

¿Existe una jerarquía entre los dones?

Uno de los textos más discutidos es 1 Corintios 12:28, donde Pablo menciona: primero, apóstoles; segundo, profetas; tercero, maestros; después, otros dones y ministerios.

A primera vista podría parecer que Pablo está estableciendo una jerarquía permanente.

Sin embargo, el contexto conduce a una conclusión diferente.

Todo el capítulo insiste en que Dios distribuye los dones "como Él quiere" y que ningún miembro del cuerpo puede considerarse superior a otro.

Por ello, numerosos intérpretes entienden que el orden mencionado por Pablo responde principalmente a la función que estos ministerios desempeñaron en la formación de la Iglesia.

Los apóstoles aparecen primero porque fueron llamados a colocar el fundamento.

Los profetas colaboraron durante el período de la revelación apostólica.

Los maestros consolidaron la enseñanza de la Iglesia naciente.

Los demás dones permitieron el crecimiento, la organización y el cuidado de las comunidades cristianas.

Como observa F. F. Bruce, el énfasis del pasaje no recae en la dignidad de determinadas personas, sino en la diversidad de funciones mediante las cuales Dios edifica a su pueblo.

La prioridad es histórica y funcional.

No constituye una escala permanente de superioridad espiritual.

El camino más excelente

Después de presentar la diversidad de dones, Pablo sorprende al lector.

No continúa hablando de ministerios. No desarrolla un sistema jerárquico. Introduce, en cambio, uno de los capítulos más conocidos de toda la Biblia: el capítulo del amor.

Esta transición resulta profundamente significativa.

Los dones pueden impresionar.
El amor transforma.

Los dones pueden distinguir funciones.
El amor une a quienes las desempeñan.

Los dones pueden ser extraordinarios.

Sin amor, carecen de valor espiritual.

Como explica Gordon D. Fee, el capítulo 13 no interrumpe el argumento de Pablo; constituye precisamente su centro. Todo el propósito de los dones encuentra su sentido en el amor que busca la edificación del prójimo.

El amor no reemplaza los dones. Los orienta. Les da significado. Los protege del orgullo.

La verdadera grandeza en la Iglesia

Jesús enseñó un principio que invierte completamente los criterios humanos de autoridad.

Mientras los reinos de este mundo buscan dominar, el Reino de Dios llama a servir.

Quien quiera ser el primero debe hacerse servidor de todos.

Este principio también gobierna el uso de los dones espirituales.

La grandeza de un ministerio nunca se mide por el número de personas que dependen de un líder, sino por el

número de creyentes que ese ministerio capacita para servir a Cristo.

El peligro del prestigio espiritual

Desde la iglesia de Corinto hasta nuestros días, el mayor enemigo de los dones no ha sido su diversidad.

Ha sido el orgullo.

Cuando un don se convierte en motivo de competencia, deja de cumplir el propósito para el cual fue concedido.

Cuando un ministerio crea dependencia hacia una persona, pierde de vista que la única cabeza del cuerpo es Jesucristo.

Cuando una función se utiliza para obtener reconocimiento, influencia o poder, deja de ser un acto de servicio para convertirse en un instrumento de exaltación personal.

El Nuevo Testamento combate constantemente esa tentación.

Toda autoridad cristiana existe para edificar. Nunca para dominar.

Toda influencia espiritual debe conducir a Cristo.
Nunca al prestigio del ministro.

Una Iglesia donde todos participan

La visión de Pablo es
extraordinariamente hermosa.

No imagina una Iglesia sostenida por
unas pocas figuras sobresalientes.

Imagina un cuerpo vivo donde cada
creyente participa activamente en la
misión de Dios.

El maestro necesita del evangelista.
El pastor necesita del servidor.
El que exhorta necesita del que muestra
misericordia.
El que dirige necesita del que ora.
El que predica necesita de quien trabaja
silenciosamente detrás de escena.

Todos sirven. Todos reciben. Todos
edifican.

Como afirma Anthony C. Thiselton, la
unidad cristiana no consiste en
uniformidad, sino en una diversidad
reconciliada por la gracia de Dios.

Cristo, la única cabeza

La conclusión resulta inevitable.

La Iglesia nunca fue diseñada para organizarse alrededor de una jerarquía de dones.

Fue diseñada para vivir bajo una sola cabeza: Jesucristo.

Todos los dones proceden de Él.
Todos dependen de Él.
Todos existen para glorificarlo.

La pregunta decisiva, por tanto, no es cuál don posee mayor importancia, sino cómo cada creyente utiliza el don recibido para contribuir al crecimiento del cuerpo de Cristo.

Cuando los dones producen servicio, cumplen el propósito de Dios.

Cuando producen competencia, dejan de reflejar el carácter de Cristo.

La verdadera grandeza de la Iglesia nunca ha consistido en producir creyentes extraordinarios.

Ha consistido en formar un pueblo donde cada miembro pone lo que ha recibido al servicio de los demás.

Así el cuerpo crece. Así Cristo es glorificado.

Así el mundo reconoce que el Reino de Dios no se edifica mediante la búsqueda de poder, sino mediante el amor que sirve.

El peligro del autoritarismo espiritual

“Todo liderazgo que hace indispensable al líder ha dejado de parecerse al liderazgo de Cristo”.

Uno de los mayores riesgos para la Iglesia aparece cuando los dones y ministerios dejan de entenderse como un servicio y comienzan a utilizarse como instrumentos de control.

El Nuevo Testamento nunca presenta a los líderes cristianos como intermediarios indispensables entre Dios y su pueblo.

Su misión consiste en anunciar fielmente el Evangelio, cuidar la

congregación y preparar a los creyentes para que todos sirvan a Cristo.

Cuando un líder exige obediencia absoluta, desalienta el examen de las Escrituras o presenta sus opiniones como si tuvieran autoridad equivalente a la Palabra de Dios, ha traspasado los límites del liderazgo bíblico.

Jesús enseñó expresamente que entre sus discípulos la autoridad no debía ejercerse siguiendo el modelo de los gobernantes de las naciones, que dominan sobre sus súbditos. En el Reino de Dios, el mayor es el servidor.

Pedro dirigió la misma exhortación a los ancianos de la Iglesia, pidiéndoles que pastorearan el rebaño no como teniendo señorío sobre los que están a su cuidado, sino siendo ejemplos de la grey (1 Pedro 5:3).

De igual manera, Jeremías advierte contra la tentación de depositar la confianza absoluta en el ser humano: “Maldito el varón que confía en el hombre...” (Jeremías 17:5). RVA. El profeta no está rechazando toda autoridad legítima; está recordando que la confianza suprema pertenece únicamente a Dios. Ningún pastor,

maestro o dirigente espiritual puede ocupar el lugar que corresponde a Cristo.

Por ello, una iglesia saludable no forma creyentes dependientes de una personalidad, sino discípulos arraigados en las Escrituras y guiados por el Espíritu de Dios. La autoridad espiritual auténtica no busca controlar conciencias; procura conducir las hacia una relación más profunda con Jesucristo.

XIII. La falacia de “No toquen al ungido de Dios”

Cuando un texto se utiliza fuera de su contexto

Pocas expresiones se escuchan con tanta frecuencia en algunos ambientes cristianos como: **“No toquen al ungido de Dios.”**

En muchas ocasiones esta frase se utiliza para impedir cualquier cuestionamiento hacia determinados líderes espirituales. Se presenta como una advertencia divina contra quienes se atreven a examinar las enseñanzas o decisiones de un pastor, un apóstol o un profeta contemporáneo.

Sin embargo, antes de aplicar este texto a la Iglesia debemos formular una pregunta fundamental:

¿A quién se refiere realmente la expresión “el ungido de Jehová”?

Como en tantas otras ocasiones, el contexto proporciona la respuesta.

David y el rey Saúl

La expresión aparece principalmente en la historia de David y Saúl.

En dos oportunidades David tuvo la posibilidad de quitarle la vida al rey que lo perseguía injustamente.

Sus hombres le insistieron en que aquella era la oportunidad que Dios le había concedido. Sin embargo, David se negó. ¿Por qué?

Porque Saúl seguía siendo el rey que Dios había establecido sobre Israel.

David no estaba reconociendo la perfección moral de Saúl.

Sabía muy bien que estaba actuando injustamente.

Lo que respetaba era el orden que Dios había establecido para el gobierno de la nación.

David dejó el juicio en manos de Dios. No tomó la justicia por su propia mano.

Un contexto político, no eclesiástico

Este detalle resulta decisivo.

El pasaje no trata del liderazgo de la Iglesia.

Tampoco del ministerio pastoral.

Mucho menos de una supuesta inmunidad frente a la crítica.

Se refiere al rey de Israel dentro del contexto del pacto mosaico.

Aplicar directamente ese episodio a un pastor contemporáneo constituye un cambio de contexto que el texto nunca autoriza.

Como recuerda F. F. Bruce, una correcta interpretación bíblica exige distinguir cuidadosamente entre aquello que el texto dice y las aplicaciones posteriores que puedan hacerse de él.

Todos los creyentes son ungidos

Con la venida de Cristo, la palabra ungido adquiere una nueva dimensión.

El Nuevo Testamento enseña que el Espíritu de Dios habita en todos los creyentes.

Juan afirma que los cristianos han recibido una unción del Espíritu. Pablo enseña que Dios nos ungió y puso su Espíritu en nuestros corazones como garantía.

La unción deja de ser un privilegio reservado a reyes, sacerdotes y profetas.

Se convierte en una realidad compartida por todo el pueblo de Dios.

Por ello, resulta difícil sostener que determinados líderes posean una unción que los coloque por encima del examen de la Iglesia.

La autoridad también puede ser examinada

Lejos de prohibir todo cuestionamiento, el Nuevo Testamento exhorta constantemente al discernimiento.

Los bereanos fueron elogiados por comprobar diariamente si la enseñanza de Pablo concordaba con las Escrituras.

Pablo corrigió públicamente a Pedro cuando éste actuó de manera contradictoria con el Evangelio.

Los profetas debían ser examinados por la comunidad.

Los ancianos estaban sujetos a normas de disciplina.

Toda enseñanza debía ser evaluada.

Ningún dirigente aparece por encima de la autoridad de la Palabra de Dios.

Como observa John Stott, la autoridad cristiana nunca es absoluta; siempre permanece subordinada a Cristo y a las Escrituras.

La diferencia entre respeto y sometimiento absoluto

La Biblia llama a respetar a quienes sirven fielmente en la Iglesia.

También exhorta a valorar el trabajo de los pastores y ancianos.

Pero respeto no significa obediencia ciega.

El propio Nuevo Testamento muestra que los líderes podían equivocarse y, cuando eso ocurría, debían aceptar la corrección.

La autoridad espiritual existe para proteger a la Iglesia.

No para impedir que la Iglesia permanezca fiel a la verdad.

El abuso del concepto de "ungido"

Cuando un líder afirma que no puede ser cuestionado porque es "el ungido de Dios", corre el riesgo de colocarse en una posición que el Nuevo Testamento nunca concede a ningún ministro cristiano.

La autoridad espiritual no se demuestra reclamando inmunidad frente a toda crítica.

Se demuestra permaneciendo fiel a la Palabra de Dios y estando dispuesto a rendir cuentas.

Toda autoridad humana es delegada. Sólo Jesucristo posee autoridad absoluta sobre su Iglesia.

Cristo es el verdadero Ungido

En sentido pleno, la expresión "el Ungido" pertenece únicamente a Jesucristo. La palabra Cristo significa precisamente "el Ungido" (Christós).

Él es el Rey definitivo. Él es el Sumo Sacerdote perfecto. Él es el Profeta prometido.

Toda autoridad espiritual deriva de Él y permanece sometida a Él.

Por ello, la Iglesia no gira alrededor de la unción de un líder humano.
Gira alrededor del Señorío de Jesucristo.

Una Iglesia que honra a Cristo

La mejor manera de honrar a los verdaderos siervos de Dios no consiste en colocarlos por encima de toda corrección.

Consiste en orar por ellos, respetarlos, sostenerlos en su ministerio y, al mismo tiempo, reconocer que todos permanecemos bajo la autoridad suprema de Cristo y de las Escrituras.

Ningún pastor, ningún maestro, ningún apóstol, ningún profeta puede reclamar una autoridad que sustituya la voz del Buen Pastor.

Como expresó la Reforma con una frase que conserva plena vigencia:

La Iglesia siempre debe ser reformada conforme a la Palabra de Dios (*Ecclesia*

*reformata, semper reformanda
secundum Verbum Dei).*

Mientras la Iglesia permanezca sometida a Cristo, ningún líder necesitará protegerse detrás de la expresión “No toquen al ungido de Dios”. La verdad no teme al examen; por el contrario, se fortalece cuando es contrastada con las Escrituras.

La autoridad espiritual también rinde cuentas

Uno de los principios más saludables del Nuevo Testamento es que toda autoridad humana permanece bajo una autoridad superior: la de Jesucristo y su Palabra.

Esto significa que ningún pastor, maestro, anciano o dirigente cristiano posee una autoridad absoluta o incuestionable. Por el contrario, cuanto mayor es la responsabilidad de un líder, mayor es también su compromiso de vivir conforme al Evangelio y de rendir cuentas por su ministerio.

La propia Biblia ofrece numerosos ejemplos. Los creyentes de Berea fueron elogiados porque examinaban

diariamente las Escrituras para comprobar si la enseñanza del apóstol Pablo era conforme a la verdad. Pablo, a su vez, corrigió públicamente al apóstol Pedro cuando este actuó de manera incoherente con el Evangelio. Incluso las profecías pronunciadas en las iglesias debían ser evaluadas por la comunidad.

Estos ejemplos muestran que el discernimiento no es una falta de respeto, sino una expresión de fidelidad a la verdad.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, esta comprensión estuvo presente. Juan Crisóstomo (c. 349–407), uno de los más grandes predicadores de la Iglesia antigua, enseñó que el ministerio pastoral no constituye un privilegio que coloque al obispo por encima de los demás creyentes. Por el contrario, cuanto mayor es la autoridad recibida, mayor es la responsabilidad delante de Dios. En su célebre obra *Sobre el sacerdocio*, describe el ministerio como una carga espiritual que exige humildad, vigilancia y una vida sometida constantemente a la Palabra de Dios.

Muchos siglos después, Juan Calvino comentó el enfrentamiento entre Pablo

y Pedro en Antioquía (Gálatas 2), destacando una enseñanza de permanente actualidad: ninguna dignidad eclesiástica coloca a un ministro por encima del Evangelio. Si un apóstol pudo ser corregido cuando su conducta comprometía la verdad del Evangelio, con mayor razón cualquier dirigente cristiano debe aceptar la corrección cuando se aparta de las Escrituras.

Este principio protege tanto a la Iglesia como a sus líderes. Protege a la Iglesia porque evita que una persona concentre una autoridad que solo pertenece a Cristo. Y protege a los líderes porque les recuerda que su ministerio no consiste en ejercer dominio sobre la fe de los creyentes, sino en servirles con humildad.

Por eso, el verdadero liderazgo espiritual nunca teme ser examinado a la luz de las Escrituras. La verdad no necesita blindarse contra las preguntas honestas. Al contrario, encuentra en ellas una oportunidad para manifestar su solidez.

Una iglesia madura honra a sus pastores, ora por ellos y reconoce su labor, pero nunca sustituye la autoridad

de Cristo por la autoridad de un hombre. Como escribió el apóstol Pablo: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”. El modelo no es la obediencia incondicional a un líder humano, sino una vida que conduce continuamente a la obediencia al Señor.

Reflexión final

El liderazgo cristiano alcanza su mayor autoridad cuando renuncia a toda pretensión de autoridad absoluta. Los verdaderos pastores no buscan formar personas dependientes de ellos, sino discípulos profundamente arraigados en Jesucristo. Su mayor satisfacción no consiste en ser obedecidos, sino en ver a la Iglesia crecer en discernimiento, madurez y fidelidad al Evangelio.

“El líder que necesita declararse incuestionable ha olvidado que la única Cabeza infalible de la Iglesia es Jesucristo”.

XIV. ¿Qué significa “No juzguéis”?

El discernimiento no es condenación

Pocas palabras de Jesús han sido citadas con tanta frecuencia —y, al mismo tiempo, tan poco comprendidas— como su afirmación: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1). RVA.

En muchos ambientes esta frase se utiliza para impedir cualquier evaluación de la conducta o de la enseñanza de un líder espiritual. Quien formula una pregunta o señala un error suele ser acusado inmediatamente de estar “juzgando”, como si el propio Jesús hubiera prohibido todo examen crítico dentro de la Iglesia.

Sin embargo, una lectura completa del Sermón del Monte muestra que esa no era la intención del Señor.

La cuestión no es si los cristianos debemos ejercer discernimiento. La cuestión es cómo debemos hacerlo.

El contexto del Sermón del Monte

Jesús no está prohibiendo distinguir entre el bien y el mal.

Está denunciando la actitud hipócrita de quien pretende corregir a otros mientras ignora deliberadamente sus propios pecados.

Por ello continúa diciendo:

“¿Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo?”. Mateo 7:3. RVA.

La imagen resulta deliberadamente exagerada.

Un hombre intenta quitar una pequeña astilla del ojo ajeno mientras lleva una enorme viga en el suyo.

El problema no es la corrección fraterna. El problema es la hipocresía.

Jesús sí ordenó discernir

Basta leer unos pocos versículos más adelante para descubrir algo sorprendente.

El mismo Jesús que dijo "no juzguéis" añadió: "Guardaos de los falsos profetas... por sus frutos los conoceréis."

¿Cómo podría la Iglesia reconocer a un falso profeta sin ejercer algún tipo de juicio?

La respuesta es evidente.
Jesús no prohíbe discernir.

Prohíbe condenar con arrogancia y medir a los demás con un criterio que no estamos dispuestos a aplicar a nosotros mismos.

Más adelante incluso enseñó que, cuando un hermano persiste en el pecado sin arrepentirse, la Iglesia debe seguir un proceso de corrección restauradora (Mateo 18:15-17). Tal procedimiento sería imposible si toda forma de evaluación estuviera prohibida.

Pablo también llama a juzgar

El Nuevo Testamento confirma esta interpretación.

Pablo exhorta a los creyentes de Corinto a ejercer disciplina cuando un miembro vive abiertamente en inmoralidad y rechaza el arrepentimiento.

También enseña que las profecías deben ser examinadas y que toda enseñanza debe someterse al discernimiento de la comunidad.

A los tesalonicenses les escribe:

«Examinenlo todo cuidadosamente; retengan lo bueno.»

El verbo examinar implica precisamente evaluar, discernir y distinguir.

La fe cristiana nunca ha sido una invitación a suspender el juicio moral.

Ha sido una invitación a ejercerlo con humildad, justicia y amor.

Como explica D. A. Carson, Jesús condena el espíritu censor y autosuficiente, no el discernimiento responsable que protege a la Iglesia del error.

Discernir no es condenar

Existe una diferencia fundamental entre discernir y condenar.

Discernir significa comparar toda enseñanza y toda conducta con la Palabra de Dios.

Condenar significa atribuirse el lugar del juez supremo que solo corresponde a Dios.

El discernimiento busca restaurar.

La condenación busca destruir.

El discernimiento protege a la Iglesia.

La condenación alimenta el orgullo.

Por ello, todo discernimiento cristiano debe ejercerse con humildad, recordando que quien corrige también necesita ser corregido.

El peligro de un falso concepto de tolerancia

Nuestra cultura suele identificar el amor con la ausencia de toda crítica.

Sin embargo, el amor bíblico nunca consiste en ignorar el error.

Un médico que calla un diagnóstico por miedo a incomodar al paciente no demuestra amor, sino negligencia.

Del mismo modo, una iglesia que renuncia al discernimiento por temor a ser acusada de juzgar termina dejando sin protección a los creyentes más vulnerables.

El verdadero amor une la verdad con la gracia. Corrige sin humillar. Advierte sin condenar. Busca siempre la restauración del hermano.

La corrección comienza por uno mismo

Las palabras de Jesús conservan toda su fuerza.

Antes de corregir a otro, debemos permitir que la Palabra examine nuestra propia vida.

La autoridad moral nace de la humildad. Quien reconoce sus propias debilidades corrige con misericordia.

Quien se considera superior termina convirtiéndose en aquello mismo que Jesús condenó.

Por eso, el discernimiento cristiano siempre comienza con una pregunta dirigida a nuestro propio corazón.

No: “¿Cómo puedo demostrar que el otro está equivocado?”

Sino: “¿Estoy dispuesto a ser examinado por la misma verdad que deseo aplicar a los demás?”

Una Iglesia que discierne con amor

La Iglesia necesita recuperar el equilibrio del Nuevo Testamento.

No debe convertirse en un tribunal donde todos condenan a todos.

Pero tampoco puede renunciar a discernir por miedo a parecer intolerante.

La comunidad cristiana madura examina las enseñanzas, evalúa los frutos, corrige con mansedumbre y restaura con amor.

Ese discernimiento no contradice las palabras de Jesús. Las cumple.

Porque el Señor no prohibió el juicio responsable.

Prohibió la hipocresía, la autosuficiencia y la condenación orgullosa.

Solo cuando comprendemos esta diferencia podemos obedecer plenamente tanto el mandato de amar como el mandato de permanecer firmes en la verdad.

Discernimiento y control: dos realidades opuestas

Una de las señales más claras de una comunidad espiritualmente sana es que sus miembros aprenden a discernir por sí mismos la verdad de las Escrituras. En cambio, una de las características más frecuentes del autoritarismo religioso consiste en desalentar ese discernimiento para sustituirlo por la obediencia incuestionable hacia un líder.

Aunque ambas posturas pueden utilizar un lenguaje aparentemente espiritual, producen resultados completamente distintos:

El discernimiento fortalece la fe.

El control fortalece la dependencia.

El discernimiento conduce a Cristo.

El control conduce al líder.

Esta diferencia aparece ya en el libro de los Hechos. Los creyentes de Berea no aceptaron la enseñanza del apóstol Pablo simplemente porque provenía de un gran predicador. Escuchaban atentamente su mensaje, pero examinaban diariamente las Escrituras para verificar si lo que oían era conforme a la verdad. Lejos de reprochar esa actitud, la Biblia los presenta como un ejemplo digno de imitación.

Este episodio demuestra que el discernimiento nunca ha sido una amenaza para la verdadera autoridad espiritual. Por el contrario, constituye una de sus mejores confirmaciones.

El liderazgo bíblico jamás teme que los creyentes estudien las Escrituras. Al contrario, los anima a hacerlo. Un pastor fiel no necesita proteger sus enseñanzas de la investigación; sabe que la verdad resiste el examen.

Muy diferente es el liderazgo basado en el control. Cuando un dirigente afirma que sus decisiones no pueden ser cuestionadas porque habla directamente en nombre de Dios,

cuando descalifica toda pregunta sincera como rebeldía o falta de fe, o cuando convierte la lealtad hacia su persona en la principal prueba de espiritualidad, ha dejado de ejercer un liderazgo pastoral para entrar en una forma de dominación espiritual.

En estos casos suele aparecer un fenómeno preocupante: la autoridad deja de descansar en las Escrituras y comienza a descansar en la personalidad del dirigente. Poco a poco, la conciencia del creyente deja de depender de la Palabra de Dios para depender de la interpretación exclusiva de un hombre.

Este tipo de control puede producir una aparente unidad, pero no produce madurez. Forma seguidores obedientes a un líder, pero no necesariamente discípulos de Jesucristo.

El Nuevo Testamento propone exactamente lo contrario. Pablo escribe que Cristo dio diferentes ministerios "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio". El objetivo del liderazgo no consiste en conservar indefinidamente la dependencia de la congregación, sino en formar creyentes

espiritualmente maduros, capaces de discernir, servir y enseñar a otros.

Como afirma John Stott, el verdadero liderazgo cristiano no reemplaza la responsabilidad espiritual de los creyentes; la desarrolla. Su propósito es conducir a cada cristiano hacia una relación más profunda con Cristo y con las Escrituras.

Esta perspectiva también armoniza con la reflexión de Luis Fernando Solares S.: “El líder que Dios da no acapara el ministerio: lo reparte. Su éxito no se mide por cuánta gente depende de él, sino por cuántos santos quedan equipados para servir.”

Estas palabras resumen el modelo de liderazgo que encontramos en el Nuevo Testamento. La autoridad espiritual auténtica no crea una élite religiosa alrededor de una personalidad carismática. Multiplica servidores. Forma discípulos. Capacita a otros para continuar la obra de Cristo.

Por ello, una pregunta puede ayudar a evaluar cualquier ministerio:
¿Las personas dependen cada vez más de Cristo y de las Escrituras, o dependen cada vez más del líder?

La respuesta a esa pregunta suele revelar la naturaleza del liderazgo que se está ejerciendo.

La autoridad cristiana nunca tiene como propósito controlar conciencias. Ese lugar pertenece únicamente al Espíritu de Dios. El pastor enseña, exhorta, anima y corrige cuando es necesario, pero siempre reconociendo que el Señor de la Iglesia es Jesucristo. El creyente obedece a sus pastores en la medida en que éstos permanecen fieles a la Palabra de Dios, no porque posean una autoridad absoluta sobre su conciencia.

La historia de la Iglesia demuestra que los mayores abusos espirituales comenzaron cuando hombres sinceramente llamados por Dios dejaron de verse como siervos para considerarse dueños del rebaño. Frente a esa tentación permanente, el Nuevo Testamento levanta una verdad inquebrantable: Cristo es la única Cabeza de la Iglesia, y toda autoridad humana es derivada, limitada y responsable ante Él.

Reflexión

El discernimiento no divide a la Iglesia; la protege. Lo que verdaderamente la divide es el orgullo, el abuso de autoridad y la sustitución de Cristo por cualquier liderazgo humano. Una iglesia madura no teme las preguntas honestas, porque sabe que la verdad de Dios no necesita ser defendida mediante el control. La autoridad que procede de Cristo se fortalece cuando es examinada a la luz de las Escrituras, mientras que la autoridad basada únicamente en el poder humano necesita silenciar el discernimiento para poder mantenerse.

Toda autoridad espiritual que necesita impedir el discernimiento ha dejado de confiar en el poder de la verdad.

Creo que este subcapítulo expresa una de las ideas centrales de todo el libro: el liderazgo cristiano no existe para controlar la conciencia del creyente, sino para formar discípulos capaces de caminar con madurez bajo la autoridad de Cristo y de su Palabra. Ese principio conecta de forma natural con los

capítulos sobre los dones, la autoridad espiritual, el discernimiento y la libertad cristiana, y puede convertirse en uno de los ejes teológicos de toda la obra.

Una iglesia comienza a perder su salud espiritual cuando las decisiones de los creyentes dependen más de la aprobación del pastor que de su obediencia a Cristo revelada en las Escrituras.

XV. Denunciar a los falsos profetas

Cuando el silencio deja de ser una virtud

A primera vista, denunciar públicamente a un falso profeta puede parecer incompatible con el mandamiento del amor. Muchos creyentes prefieren guardar silencio para evitar conflictos, mientras otros consideran que toda crítica constituye una falta de respeto hacia quienes ejercen un ministerio.

Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta una realidad diferente. El amor por la verdad y el amor por la Iglesia exigen, en determinadas circunstancias, advertir acerca del error. No para destruir personas. Sino para proteger al pueblo de Dios.

Jesús también denunció el error

Con frecuencia se recuerda a Jesús como el Maestro de la misericordia. Y es verdad.

Pero el mismo Jesús que perdonó a la mujer sorprendida en adulterio pronunció también las palabras más

severas contra quienes utilizaban la religión para oprimir y engañar al pueblo.

Los "ayes" dirigidos contra escribas y fariseos (Mateo 23) no nacen del resentimiento. Nacen del amor por la verdad y por las personas que estaban siendo desviadas.

Jesús nunca atacó a los pecadores arrepentidos. Su confrontación más fuerte fue contra quienes, investidos de autoridad religiosa, cerraban el Reino de Dios delante de los hombres.

El ejemplo de los apóstoles

Los apóstoles siguieron el mismo camino. Pablo advirtió sobre falsos hermanos que pervertían el Evangelio. Nombró a Himeneo y Alejandro como ejemplo de quienes habían naufragado en la fe. También mencionó a Himeneo y Fileto por apartarse de la verdad. Juan habló de los anticristos que habían salido de la comunidad.

Pedro dedicó un capítulo entero a denunciar a los falsos maestros. Judas exhortó a contender ardientemente por la fe.

Resulta significativo que ninguno de ellos disfrutara de la confrontación. La asumían como una responsabilidad pastoral.

El propósito nunca es destruir

Aquí conviene hacer una distinción fundamental. Existe una enorme diferencia entre denunciar un error y atacar a una persona.

El objetivo de la denuncia bíblica nunca es la humillación pública. Es la protección de la Iglesia y, cuando es posible, la restauración del que ha errado.

Incluso las medidas disciplinarias descritas por Pablo buscan conducir al arrepentimiento.

La corrección cristiana siempre conserva una puerta abierta para la gracia.

¿Cuándo es necesario denunciar?

No toda diferencia de interpretación exige una denuncia pública.

La historia de la Iglesia muestra una legítima diversidad en numerosos asuntos secundarios.

Sin embargo, existen situaciones en las que el silencio deja de ser prudencia para convertirse en complicidad:

Cuando se distorsiona el Evangelio.

Cuando se manipulan las conciencias.

Cuando se explota económicamente a los creyentes.

Cuando se utilizan supuestas revelaciones para controlar vidas.

Cuando se justifica el pecado mediante falsas doctrinas.

Cuando el nombre de Cristo es utilizado para beneficio personal.

En esos casos, advertir deja de ser una opción. Se convierte en una responsabilidad pastoral.

Como escribió John Stott, la unidad cristiana nunca puede construirse sacrificando la verdad del Evangelio.

¿Cómo debe hacerse?

El Nuevo Testamento también enseña la manera correcta de ejercer esta responsabilidad.

La denuncia nunca debe nacer del orgullo., ni de rivalidades personales, ni de diferencias de estilo.

Debe apoyarse en hechos verificables.
Debe fundamentarse en las Escrituras.
Debe expresarse con respeto, aunque con firmeza.
Debe buscar siempre el bien de la Iglesia.

Como recuerda D. A. Carson, la defensa de la verdad pierde credibilidad cuando quien la realiza abandona el carácter de Cristo.

La verdad debe defenderse con la verdad. Y también con amor.

El discernimiento protege la libertad

Uno de los efectos más destructivos de los falsos maestros consiste en sustituir la libertad del Evangelio por diferentes formas de esclavitud espiritual.

Algunos producen temor.
Otros dependencia.
Otros culpa permanente.
Otros enriquecimiento personal a costa de los creyentes.

Por eso el discernimiento constituye un acto de amor. No protege solamente la doctrina. Protege a las personas.

Una iglesia que aprende a discernir resulta mucho menos vulnerable frente a cualquier forma de manipulación religiosa.

Cristo sigue siendo el centro

La finalidad de denunciar el error nunca consiste en ganar debates. Consiste en preservar la centralidad de Jesucristo.

Cada vez que un líder ocupa el lugar que corresponde a Cristo, cada vez que una revelación desplaza las Escrituras, cada vez que una tradición sustituye el Evangelio, la Iglesia necesita volver a escuchar la voz del Buen Pastor.

Toda denuncia verdaderamente cristiana tiene ese único propósito. Que Cristo vuelva a ocupar el centro.

Una responsabilidad de amor

La verdad sin amor se convierte en dureza. El amor sin verdad termina convirtiéndose en permisividad.

El Nuevo Testamento llama a la Iglesia a unir ambas virtudes.

Por eso denunciar el error nunca constituye una licencia para la agresividad.

Pero tampoco el amor puede convertirse en una excusa para guardar silencio cuando el Evangelio está siendo distorsionado.

La Iglesia sirve mejor a Cristo cuando ama tanto la verdad que está dispuesta a defenderla, y ama tanto a las personas que procura hacerlo con humildad, justicia y misericordia.

¿Quién puede denunciar?

Es una pregunta que casi nunca se responde. La respuesta bíblica es muy interesante:

No solo los pastores. No solo los teólogos. Toda la Iglesia tiene la responsabilidad de discernir.

Pero la denuncia pública exige prudencia, conocimiento bíblico,

evidencia suficiente y un espíritu libre de intereses personales.

No se trata de alimentar una "cultura de la denuncia", sino una cultura de la verdad.

J. Gresham Machen, en su libro Cristianismo y liberalismo contiene una frase extraordinaria: "La falsa enseñanza es el mayor enemigo del Evangelio."

Más exactamente, Machen sostiene que el liberalismo teológico no es simplemente otra forma de cristianismo, sino una religión distinta.

Callar frente al error no siempre es amor; muchas veces es abandonar sin defensa a quienes Cristo nos llamó a proteger.

¿Cuándo corregir en privado y cuándo hacerlo públicamente?

El Nuevo Testamento no presenta un único modelo para corregir el error. La manera de hacerlo depende de la naturaleza de la falta, de sus consecuencias para la Iglesia y de la actitud de quien ha errado.

Existen situaciones en las que una conversación privada, respetuosa y fraterna resulta suficiente. En otras, cuando el error es público y pone en peligro la verdad del Evangelio, la corrección también debe ser pública.

Apolo: una corrección privada y edificante

Un hermoso ejemplo aparece en el libro de los Hechos. Apolo era un hombre elocuente, poderoso en las Escrituras y fervoroso en espíritu. Sin embargo, su conocimiento del Evangelio todavía era incompleto, pues conocía únicamente el bautismo de Juan.

Lejos de desacreditarlo públicamente, Priscila y Aquila lo tomaron aparte y le explicaron con mayor precisión el camino de Dios (Hechos 18:24-26).

El resultado fue extraordinario. Apolo aceptó humildemente la enseñanza y llegó a convertirse en uno de los más destacados colaboradores de la Iglesia primitiva.

Este episodio muestra que cuando el error nace de un conocimiento incompleto y existe disposición para aprender, la corrección privada suele

ser el camino más sabio y amoroso.
El propósito nunca fue humillar a Apolo.
Fue ayudarlo a crecer.

Pedro: una corrección pública por un error público

Muy diferente fue la situación del apóstol Pedro en Antioquía.

Por temor a ciertos creyentes provenientes del judaísmo, dejó de comer con los cristianos gentiles, transmitiendo con su conducta la idea de que éstos ocupaban una posición inferior dentro de la Iglesia.

Pablo comprendió inmediatamente que no se trataba de una simple opinión personal. El comportamiento de Pedro comprometía públicamente la verdad del Evangelio, según la cual judíos y gentiles son igualmente justificados por la gracia de Cristo.

Por esa razón escribió: "...le resistí cara a cara, porque era de condenar".
Gálatas 2:11. RVA.

La corrección también fue pública.
No porque Pablo quisiera avergonzar a Pedro. Sino porque el error ya estaba afectando públicamente a la Iglesia.

El criterio sigue siendo válido para nuestros días.

Los errores privados normalmente deben corregirse en privado.

Los errores públicos que ponen en riesgo el Evangelio pueden requerir una corrección pública.

La finalidad siempre es restaurar

Estos dos ejemplos muestran que la corrección cristiana nunca busca la humillación del hermano.

Su propósito es proteger la verdad y restaurar a quien ha errado.

La sabiduría consiste en discernir cuál es el camino más apropiado en cada situación.

No toda diferencia doctrinal requiere una denuncia pública.

No toda equivocación debe resolverse en privado.

El amor y la verdad caminan juntos.

Cuando el error afecta únicamente a una persona, el amor aconseja la discreción.

Cuando el error confunde a toda la Iglesia y compromete el Evangelio, el

amor hacia la Iglesia exige una respuesta clara y valiente.

Como escribió el apóstol Pablo, el propósito de todo ministerio cristiano es decir la verdad con amor (Efesios 4:15).

La verdad sin amor puede destruir; el amor sin verdad puede permitir que el error se propague. La madurez cristiana consiste en unir ambas virtudes bajo el señorío de Jesucristo.

Un principio de sabiduría pastoral

Al observar los distintos ejemplos del Nuevo Testamento descubrimos un principio que puede orientar el ejercicio del discernimiento en la Iglesia:

La intensidad de la corrección debe guardar proporción con la gravedad del error y con el alcance de sus consecuencias.

No todos los errores requieren la misma respuesta.

Cuando una persona se equivoca por desconocimiento, manifiesta una actitud humilde y está dispuesta a aprender, la respuesta apropiada suele ser la

enseñanza paciente y la corrección fraterna. Así ocurrió con Apolo, quien recibió una explicación más completa del Evangelio en un ambiente de respeto y amor.

Cuando el problema consiste en un pecado personal que afecta principalmente la vida del creyente, Jesús estableció un proceso gradual de restauración: primero la conversación privada; luego, si es necesario, la participación de uno o dos testigos; finalmente, la intervención de la comunidad de fe (Mateo 18:15-17). El objetivo nunca es avergonzar al hermano, sino ganarlo nuevamente para Cristo.

Pero cuando un error es enseñado públicamente y pone en peligro la verdad del Evangelio o confunde a toda la Iglesia, el amor hacia la comunidad exige una respuesta igualmente pública. Así actuó Pablo con Pedro en Antioquía. No estaba defendiendo una preferencia personal ni una diferencia secundaria, sino la doctrina de la justificación por la fe y la unidad del cuerpo de Cristo. Guardar silencio en aquel momento habría significado permitir que el error continuara extendiéndose.

Este principio también explica por qué los apóstoles, en algunas ocasiones, mencionaron por nombre a ciertos falsos maestros. No lo hicieron movidos por resentimiento personal, sino porque el daño que estaban causando ya era público y amenazaba la integridad del Evangelio.

La sabiduría pastoral consiste precisamente en discernir cuál de estas respuestas corresponde a cada situación. Tan perjudicial puede ser exponer públicamente a un hermano por un error menor como guardar silencio cuando una falsa enseñanza pone en riesgo la fe de muchos.

El propósito nunca cambia.

La corrección busca restaurar a quien ha errado y proteger a la Iglesia de aquello que puede apartarla de Cristo.

Por eso, toda confrontación debe realizarse con humildad, amor y fidelidad a las Escrituras. El objetivo no es ganar una discusión, sino preservar la verdad del Evangelio y conducir a todos hacia una mayor obediencia a Jesucristo.

XVI. La vigencia de los dones del Espíritu de Dios

Permanencia y propósito de los dones

Desde los primeros siglos del cristianismo la Iglesia ha reflexionado sobre una pregunta que continúa generando intensos debates:

¿Siguen vigentes todos los dones del Espíritu de Dios?

Las respuestas han dado origen a dos grandes corrientes teológicas.

Los **continuistas** sostienen que todos los dones mencionados en el Nuevo Testamento permanecen plenamente vigentes hasta el regreso de Cristo.

Los **cesacionistas** consideran que algunos dones extraordinarios estuvieron ligados al período fundacional de la Iglesia y cesaron una vez concluida la revelación apostólica.

Durante siglos este debate se ha planteado como una elección entre dos

posiciones aparentemente irreconciliables.

Sin embargo, quizá la pregunta deba formularse de otra manera.

No se trata únicamente de preguntar si los dones continúan. Debemos preguntarnos para qué fueron dados y qué función cumplían dentro del plan de Dios.

Todos los dones tienen un mismo origen

Pablo insiste en que existe diversidad de dones, pero un mismo Espíritu. Diversidad de ministerios, pero un mismo Señor. Diversidad de operaciones, pero un mismo Dios.

Ningún don existe para exaltar a quien lo recibe.

Todos fueron concedidos para la edificación del cuerpo de Cristo.

Este principio permanece inalterable.

Mientras exista la Iglesia, seguirá necesitando la obra del Espíritu de Dios.

Dones permanentes

Resulta evidente que muchos dones continúan siendo indispensables: La enseñanza, la exhortación, la misericordia, el servicio, la generosidad, la administración, la evangelización, el pastoreado, la ayuda, la hospitalidad y la fe.

Todos ellos siguen siendo necesarios para el crecimiento de la Iglesia.

Nadie sostiene seriamente que hayan desaparecido.

Su vigencia resulta evidente por la propia naturaleza de la misión cristiana.

Dones relacionados con el período fundacional

La discusión surge principalmente alrededor de ciertos dones vinculados con la revelación y las señales extraordinarias.

Entre ellos suelen mencionarse: el apostolado; la profecía revelacional; diversas manifestaciones milagrosas; las lenguas; la interpretación de lenguas.

Aquí es donde aparecen las diferencias de interpretación.

Algunos consideran que estos dones continúan exactamente igual que durante el primer siglo.

Otros entienden que estuvieron estrechamente relacionados con el establecimiento del fundamento apostólico de la Iglesia.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, esta segunda posición encuentra apoyo en textos como Efesios 2:20 y Hebreos 1:1-2, que presentan un momento fundacional e irrepetible en la historia de la revelación.

La verdadera continuidad

Existe, sin embargo, una continuidad que nadie debería negar.

El Espíritu de Dios continúa obrando poderosamente. Sigue regenerando, santificando, guiando, consolando, capacitando, convenciendo de pecado, concediendo sabiduría, fortaleciendo a la Iglesia y distribuyendo dones conforme a su voluntad.

La verdadera pregunta no consiste en si el Espíritu sigue actuando.

La pregunta consiste en cómo actúa hoy a la luz de la revelación ya dada en Cristo.

Más importante que los dones

Al leer las cartas de Pablo descubrimos algo sorprendente.

El apóstol dedica mucho más espacio al fruto del Espíritu que a los dones del Espíritu. El amor, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio propio.

Estos rasgos constituyen la evidencia más profunda de la obra del Espíritu en una vida.

Una iglesia puede impresionar por sus manifestaciones extraordinarias y, sin embargo, carecer del carácter de Cristo.

Pablo recuerda a los corintios que abundaban en dones, pero todavía eran niños espirituales.

El verdadero crecimiento no consiste en acumular experiencias extraordinarias.

Consiste en parecerse cada vez más a Jesucristo.

El criterio permanente

Sea cual sea la posición que cada creyente adopte respecto a determinados dones extraordinarios, existe un criterio que permanece inalterable.

Todo don debe glorificar a Cristo, edificar a la Iglesia, someterse a las Escrituras, ejercerse con amor, producir orden y no confusión.

Cuando un supuesto don desplaza la autoridad de la Palabra, alimenta el orgullo espiritual o crea dependencia hacia una persona, deja de cumplir el propósito para el cual Dios concede sus dones.

Como observa Wayne Grudem, incluso quienes sostienen la continuidad de todos los dones reconocen que ninguna manifestación espiritual posee hoy autoridad equivalente a las Escrituras.

Por su parte, Richard B. Gaffin Jr. recuerda que la obra permanente del Espíritu de Dios nunca puede separarse

de la centralidad de Cristo y de la suficiencia de la revelación bíblica.

El mayor don

Después de recorrer toda la enseñanza del Nuevo Testamento sobre los dones, quizá la conclusión más importante sea también la más sencilla.

El Espíritu de Dios no fue enviado para llamar la atención sobre los dones. Fue enviado para glorificar a Cristo.

Los dones son instrumentos. Cristo es el centro.

Cuando la Iglesia comprende esta verdad, desaparecen muchas discusiones secundarias.

El verdadero problema nunca ha sido la existencia o no de determinados dones.

El verdadero problema aparece cuando los dones ocupan el lugar que pertenece únicamente al Dador.

Continuidad cristocéntrica

En lugar de presentar el debate como una confrontación entre continuistas y

cesacionistas, proponemos una tercera categoría que podríamos llamar: "continuidad funcional" o "continuidad cristocéntrica".

Es decir: La Iglesia afirma plenamente la vigencia de la obra del Espíritu de Dios. Reconoce que todos los dones siguen teniendo el mismo propósito: edificar el cuerpo de Cristo.

Al mismo tiempo, distingue entre los dones vinculados al período fundacional de la revelación y aquellos que acompañan permanentemente la vida y la misión de la Iglesia.

Esta formulación evita caricaturas de ambos lados del debate. No presenta a los continuistas como emocionalistas ni a los cesacionistas como quienes creen que el Espíritu "dejó de actuar".

Más bien, invita a preguntarse cuál era la función de cada don dentro de la historia de la redención.

La mayor evidencia de que el Espíritu de Dios sigue obrando no es una iglesia fascinada por sus dones, sino una iglesia que refleja cada vez más el carácter de Jesucristo y permanece fiel al Evangelio revelado en las Escrituras.

El resurgimiento del movimiento apostólico contemporáneo

A finales del siglo XX surgió un movimiento que ha ejercido una profunda influencia sobre numerosas iglesias evangélicas alrededor del mundo. Su principal impulsor fue C. Peter Wagner, quien en el año 2001 anunció públicamente el comienzo de lo que denominó la "Segunda Era Apostólica" (Second Apostolic Age).

Según Wagner, después de muchos siglos Dios estaba restaurando nuevamente el ministerio de los apóstoles con autoridad para gobernar la Iglesia, establecer cobertura espiritual sobre otros ministerios y dirigir la expansión del Reino de Dios mediante una nueva estructura apostólica.

Esta propuesta dio origen a lo que posteriormente sería conocido como la Nueva Reforma Apostólica (New Apostolic Reformation, NAR).

Aunque el movimiento no constituye una denominación organizada, sus ideas han influido en numerosas

iglesias, ministerios y redes apostólicas alrededor del mundo.

En Guatemala, la adopción de estos títulos por parte de varios pastores neopentecostales se realizó de forma independiente dentro de sus propias megacongregaciones. No contó con el aval ni el reconocimiento de las instituciones evangélicas históricas del país.

La Alianza Evangélica de Guatemala y teólogos locales de denominaciones tradicionales rechazaron fuertemente estas autoproclamaciones.

Argumentaron que el movimiento ignoraba los requisitos bíblicos del apostolado y centralizaba un poder excesivo y vertical en figuras individuales.

Este quiebre fragmentó el mapa religioso del país, separando la teología evangélica tradicional de las corrientes que adoptaron la teología de la prosperidad, la guerra espiritual y el nuevo orden apostólico.

Los líderes evangélicos más prominentes de Guatemala directamente vinculados a la influencia de la Nueva Reforma Apostólica de C.

Peter Wagner —y que adoptaron formalmente el título de apóstoles o profetas al frente de sus mega ministerios— incluyen nombres de gran peso en el neopentecostalismo del país:

GuatemalaCash Luna (Carlos Enrique Luna Arango): Fundador de la megachurch Casa de Dios. Se convirtió en el exponente neopentecostal más visible de Guatemala y formó parte activa de las redes inspiradas en este nuevo orden jerárquico.

Sergio Enríquez: Líder y fundador de Ministerios Ebenezer Guatemala, quien adoptó el título de apóstol y expandió una red masiva de iglesias bajo su cobertura directa.

Abraham Castillo: Quien fuera el líder principal de la Misión Cristiana El Calvario. Fue uno de los primeros e históricos pastores carismáticos en la transición formal hacia la teología y títulos de la Reforma Apostólica a inicios de la década de 2000.

Otoniel Morales: Pastor general de la Iglesia de Jesucristo la Familia, quien consolidó su estructura ministerial bajo este modelo de gobierno de "cinco ministerios" con énfasis apostólico.

Para formalizar y dar legitimidad a estos nuevos títulos y coberturas frente al rechazo de las iglesias evangélicas

tradicionales, estos y otros pastores fundaron posteriormente el Consejo Apostólico de Guatemala. Mediante esta plataforma, los líderes se validaban mutuamente como apóstoles y profetas en lugar de depender del reconocimiento de denominaciones históricas externas.

La propuesta de Wagner despertó un intenso debate entre teólogos de diferentes tradiciones cristianas. Muchos señalaron que el Nuevo Testamento presenta el apostolado como un ministerio fundacional vinculado directamente al testimonio de la resurrección de Cristo y al establecimiento de la Iglesia (Efesios 2:20), sin anunciar una futura restauración universal del oficio apostólico.

Desde la perspectiva desarrollada en este libro, la Iglesia continúa siendo apostólica porque permanece edificada sobre el fundamento puesto por los apóstoles, no porque aparezcan nuevas generaciones de apóstoles con autoridad equivalente a la del primer siglo.

La influencia de la Nueva Reforma Apostólica en América Latina

Las ideas desarrolladas por C. Peter Wagner trascendieron rápidamente el ámbito académico y encontraron amplia difusión en diversos países de América Latina. A partir de la década de 1990 comenzaron a surgir redes apostólicas independientes en las que numerosos líderes adoptaron formalmente los títulos de apóstol y profeta, promoviendo una nueva estructura de gobierno eclesiástico basada en los llamados "cinco ministerios".

Guatemala no permaneció ajena a este fenómeno. Durante los primeros años del siglo XXI se consolidaron diversas redes apostólicas y posteriormente se constituyó el Consejo Apostólico de Guatemala, una organización integrada por ministros que afirman ejercer el ministerio apostólico y que ha desarrollado actividades públicas de formación, representación e incidencia social.

Este proceso generó un amplio debate dentro del evangelicalismo guatemalteco. Mientras algunos sectores consideraron que se trataba de

una restauración de los ministerios descritos en Efesios 4, otros cuestionaron tanto el fundamento bíblico de los nuevos títulos como la concentración de autoridad que podía derivarse de estas estructuras apostólicas.

La discusión, por tanto, no gira principalmente alrededor de los títulos utilizados, sino de una pregunta mucho más profunda: ¿enseña realmente el Nuevo Testamento que el oficio apostólico debía ser restaurado después del período fundacional de la Iglesia, o presenta dicho ministerio como un fundamento irrepetible sobre el cual continúa edificándose el pueblo de Dios?

El propósito de este análisis no consiste en juzgar las intenciones personales de quienes sostienen estas posiciones, muchas de las cuales han contribuido significativamente a la evangelización y al crecimiento de la Iglesia. La discusión se limita al examen bíblico de determinadas doctrinas y modelos de autoridad eclesiástica, convencidos de que toda enseñanza cristiana debe permanecer siempre bajo la autoridad suprema de las Sagradas Escrituras.

La teoría de la profecía falible

Uno de los intentos más influyentes por explicar la continuidad del ministerio profético en la actualidad ha sido desarrollado por el teólogo Wayne Grudem. Sistematizó una interpretación contemporánea conocida como la teoría de la profecía falible.

Grudem propuso distinguir entre la profecía inspirada que dio origen a las Escrituras y una forma de profecía congregacional que puede contener elementos humanos y, por tanto, equivocarse.

Según esta interpretación, las profecías pronunciadas hoy no poseen autoridad normativa para la Iglesia y deben ser cuidadosamente evaluadas, reteniendo lo bueno y desechando aquello que resulte erróneo.

Esta propuesta ha permitido a muchos sectores continuistas afirmar la vigencia del ministerio profético sin colocar las profecías contemporáneas al mismo nivel que la Escritura.

Sin embargo, esta posición también ha recibido importantes objeciones.

Diversos autores —entre ellos Richard B. Gaffin Jr., Robert L. Thomas y O. Palmer Robertson— sostienen que la Biblia no conoce una categoría de "profecía parcialmente inspirada" o "profecía falible". Señalan que, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, el profeta habla en nombre de Dios, y precisamente por ello su mensaje exige una autoridad que no admite mezcla de verdad y error.

Desde esta perspectiva, el mandato paulino de examinar las profecías (1 Corintios 14:29; 1 Tesalonicenses 5:20-21) no implica que Dios inspire mensajes imperfectos, sino que corresponde a la Iglesia discernir si quien afirma hablar de parte de Dios realmente lo hace.

En consecuencia, el debate no gira alrededor de la sinceridad del profeta, sino de la naturaleza misma de la profecía.

La principal dificultad de esta propuesta consiste en que el Nuevo Testamento nunca utiliza la expresión "profecía falible" ni desarrolla explícitamente una categoría intermedia entre la revelación inspirada y la simple exhortación

cristiana. Esta ausencia ha llevado a numerosos estudiosos a cuestionar si dicha distinción representa realmente la enseñanza bíblica o una construcción teológica destinada a explicar ciertos fenómenos contemporáneos.

La autoridad de la Iglesia nunca ha dependido de nuevas generaciones de apóstoles ni de nuevas formas de revelación, sino de la fidelidad permanente al testimonio de Cristo conservado por los apóstoles y los profetas en las Sagradas Escrituras.

XVII. La parábola de los talentos

La responsabilidad de administrar lo que Dios nos confía

Después de estudiar la naturaleza de los dones espirituales, surge una pregunta inevitable:

¿Qué espera Dios de quienes los reciben?

Jesús respondió a esta inquietud mediante una de sus parábolas más conocidas: la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30).

Con frecuencia esta enseñanza se utiliza para hablar de las capacidades personales de cada individuo. Aunque esa aplicación puede ser válida, el significado original de la parábola es aún más profundo.

En tiempos de Jesús, un talento no era una habilidad. Era una enorme cantidad de dinero.

El relato describe a un señor que confía parte de sus bienes a tres siervos antes de emprender un largo viaje.

Al regresar, no pregunta cuánto recibieron.

Pregunta qué hicieron con aquello que les fue confiado.

Ese es el verdadero centro de la parábola.

Dios es el dueño

Toda la enseñanza comienza con una verdad fundamental.

Nada pertenece realmente a los siervos.

Todo pertenece al señor.

Ellos únicamente administran lo que recibieron.

El mismo principio aparece constantemente en las Escrituras.

Nuestra vida, nuestros dones, nuestro conocimiento, nuestros recursos, nuestro tiempo, nuestro ministerio. Todo ha sido recibido por gracia.

Por ello, la pregunta nunca debería ser:

¿Qué tengo? Sino: ¿Qué estoy haciendo con lo que Dios me ha confiado?

Cada uno recibe conforme a su capacidad

Jesús añade un detalle extraordinario. El señor repartió los talentos "a cada uno conforme a su capacidad". No todos recibieron la misma cantidad. Pero todos recibieron algo.

La comparación deja de tener sentido. Dios nunca pide a una persona administrar lo que entregó a otra. Cada creyente será responsable únicamente de aquello que recibió.

Esta verdad elimina tanto el orgullo como la envidia.

El éxito no consiste en recibir más

Los dos primeros siervos escuchan exactamente las mismas palabras: "Bien, buen siervo y fiel."

Resulta interesante observar que uno administró cinco talentos y otro solamente dos. El reconocimiento fue idéntico. ¿Por qué?

Porque Dios no recompensa la cantidad. Recompensa la fidelidad.

En el Reino de Dios, el éxito no consiste en poseer los dones más visibles.

Consiste en administrar fielmente aquello que Dios nos encomendó.

El pecado del tercer siervo

El tercer siervo no perdió el talento. No lo malgastó. Simplemente lo enterró.

Su problema no fue la maldad abierta. Fue la omisión.

Recibió un depósito. No produjo fruto.

En ocasiones la Iglesia piensa únicamente en los pecados de acción.

Jesús recuerda que también existe el pecado de no hacer aquello para lo cual fuimos llamados.

Los dones no fueron entregados para conservarse.

Fueron entregados para ponerse al servicio del Reino.

Los dones producen responsabilidad

Cuanto más hemos recibido, mayor es nuestra responsabilidad.

Los ministerios descritos en el Nuevo Testamento no constituyen privilegios espirituales. Constituyen responsabilidades espirituales.

El pastor responderá por el cuidado del rebaño. El maestro por la fidelidad de su enseñanza. El evangelista por su proclamación del Evangelio.

Todo creyente administrará aquello que Dios puso en sus manos.

Como escribió John Stott, los dones nunca fueron concedidos para nuestra realización personal, sino para la edificación del cuerpo de Cristo.

La parábola y los dones espirituales

Aunque la parábola no habla directamente de los dones espirituales, el principio resulta plenamente aplicable.

El Espíritu de Dios distribuye diferentes dones.

Cristo concede distintos ministerios.

Dios entrega diferentes oportunidades.

Nadie recibe exactamente lo mismo.

Pero todos recibimos algo.

Y todos seremos llamados a rendir cuentas de nuestra administración.

Por ello, la verdadera pregunta no consiste en descubrir cuál es el don más importante.

La pregunta consiste en utilizar fielmente el don que Dios decidió confiarnos.

El mayor talento

Existe, sin embargo, un talento que todos los creyentes hemos recibido por igual.

El Evangelio. Todos somos administradores del mensaje de Jesucristo. Todos participamos de la Gran Comisión. Todos hemos sido llamados a hacer discípulos.

Si alguna aplicación universal posee esta parábola, probablemente sea ésta.

El mayor tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos es el conocimiento de Cristo.

No podemos enterrarlo. Debemos compartirlo.

El fruto es la verdadera medida del ministerio

El Padre también poda a quienes llevan fruto

Jesús enseñó una verdad profundamente esperanzadora:

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará; y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto” (Juan 15:2, RVA).

La poda no es una señal de rechazo, sino de cuidado. El agricultor no poda la vid para destruirla, sino para fortalecerla y aumentar su producción. De igual manera, Dios utiliza procesos de corrección, disciplina, prueba e incluso cambios de rumbo para perfeccionar el carácter y hacer más fructífero el servicio de sus hijos.

Esta enseñanza no se refiere únicamente al crecimiento personal del creyente. También establece un principio para toda vida de servicio: Dios espera que aquello que nos ha confiado produzca fruto para su Reino.

Quienes reciben un ministerio administran también una responsabilidad.

El Nuevo Testamento muestra que Dios no evalúa a sus siervos por la importancia de su cargo ni por la notoriedad de sus dones, sino por su fidelidad y por el fruto que producen. A veces ese fruto requiere poda, corrección y crecimiento; otras veces, la falta de fruto invita a examinar el rumbo del ministerio y a volver al propósito para el cual Dios lo concedió. En cualquier caso, el objetivo siempre es que la Iglesia crezca y que Cristo sea glorificado.

Hay etapas en las que el Señor nos llama a detenernos, aprender, corregir actitudes o asumir nuevas responsabilidades. No se trata de un castigo, sino de una obra de formación. La poda nunca busca disminuir el fruto, sino multiplicarlo para la gloria de Cristo y el bien de su Iglesia.

Este mismo principio aparece en el mensaje dirigido a la iglesia de Éfeso: “...arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti y quitaré tu candelero de su lugar...” (Apocalipsis 2:5, RVA).

La exhortación no busca destruir a la Iglesia, sino llamarla al arrepentimiento para restaurar su testimonio.

Del mismo modo, la disciplina de Dios nace de su amor paternal:

“Porque el Señor al que ama castiga, y azota a cualquiera que recibe por hijo” (Hebreos 12:6, RVA).

Y el autor concluye: “...da fruto apacible de justicia...” (Hebreos 12:11, RVA).

Así, la Biblia presenta una misma enseñanza desde distintas imágenes: Dios concede dones por gracia, espera fruto por fidelidad y disciplina con amor a quienes ama para que produzcan un fruto cada vez mayor.

Dios no poda la vid porque haya dejado de creer en ella; la poda porque sabe lo que todavía puede llegar a ser.

El Señor regresará

La parábola termina recordando una verdad que atraviesa todo el Nuevo Testamento.

El Señor volverá. Y cuando vuelva no preguntará cuánto reconocimiento obtuvimos. Ni cuántos seguidores tuvimos. Ni cuántos títulos acumulamos.

Preguntará si fuimos fieles.

La fidelidad constituye la verdadera medida del éxito en el Reino de Dios. No el prestigio. No la fama. No el poder. Sino la obediencia.

La pregunta definitiva no será si tuvimos los dones más espectaculares, sino si administramos con fidelidad aquello que Dios puso en nuestras manos.

El Reino de Dios no necesita creyentes obsesionados con la grandeza de sus dones, sino siervos fieles que comprendan que todo lo recibido es una mayordomía y que un día comparecerán ante el verdadero Señor de la Iglesia.

Dios no nos pedirá cuentas por el título que llevábamos delante de nuestro nombre, sino por la fidelidad con que servimos a Cristo y a su Iglesia.

Creo que esa es una conclusión profundamente bíblica y, al mismo tiempo, una de las enseñanzas más valiosas de todo el libro.

Es una invitación a abandonar la búsqueda de prestigio espiritual y a abrazar la vocación más alta del discípulo: ser un buen administrador de la gracia de Dios.

XVIII. Cristo, los apóstoles y los profetas siguen edificando a la Iglesia

El fundamento permanece

A lo largo de este libro hemos sostenido que el ministerio apostólico y la revelación profética tuvieron un carácter fundacional en el establecimiento de la Iglesia.

Algunos podrían interpretar esta afirmación como si los apóstoles y profetas hubieran desaparecido por completo de la vida de la Iglesia.

Nada más lejos de la realidad.

Los apóstoles ya no recorren las ciudades del Imperio Romano.

Los profetas del Nuevo Testamento ya no reciben la revelación que dio origen a las Escrituras.

Pero su ministerio continúa presente cada vez que la Iglesia permanece fiel al fundamento que ellos dejaron.

La Iglesia sigue siendo apostólica

Cuando confesamos que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, no estamos afirmando que cada generación deba producir nuevos apóstoles.

Estamos afirmando que la Iglesia permanece edificada sobre el testimonio apostólico transmitido en las Sagradas Escrituras.

Los apóstoles siguen enseñando. No mediante nuevas revelaciones. Sino mediante los escritos inspirados que el Espíritu de Dios preservó para todas las generaciones.

Cada vez que una iglesia estudia la carta a los Romanos, Pablo continúa enseñando.

Cada vez que leemos el Evangelio según Juan, Juan continúa dando testimonio de Cristo.

Cada vez que Pedro exhorta desde sus epístolas, Pedro continúa pastoreando a la Iglesia.

Su ministerio no terminó con su muerte.
Continúa mediante la Palabra inspirada
que dejaron.

Los profetas siguen hablando

Lo mismo ocurre con los profetas.

Los profetas del Antiguo Testamento
siguen anunciando la santidad de Dios.

Isaías continúa proclamando la gloria
del Mesías.

Jeremías sigue llamando al
arrepentimiento.

Ezequiel continúa anunciando la
esperanza.

Los profetas del Nuevo Testamento
también permanecen presentes en la
medida en que su testimonio quedó
incorporado al fundamento apostólico
de la Iglesia.

Su voz no necesita repetirse. Porque
Dios ya habló definitivamente en su
Hijo.

Cristo sigue siendo la Cabeza

Por encima de todos permanece
Jesucristo.

Él no es simplemente el fundador de la Iglesia. Es su Señor vivo. Continúa gobernando. Continúa edificando. Continúa llamando. Continúa salvando. Continúa distribuyendo dones mediante el Espíritu de Dios.

Los ministerios nunca reemplazan su autoridad. La hacen visible cuando permanecen sometidos a Él.

El Espíritu de Dios sigue actuando

Nada de lo dicho en este libro pretende disminuir la obra actual del Espíritu de Dios. Al contrario.

El Espíritu continúa regenerando pecadores, iluminando las Escrituras, concediendo sabiduría, santificando a los creyentes, capacitando a la Iglesia para cumplir la Gran Comisión, consolando, corrigiendo, fortaleciendo y guiando.

El mismo Espíritu que inspiró las Escrituras sigue obrando hoy en quienes las leen con fe.

La diferencia es fundamental.

El Espíritu no añade una nueva revelación al fundamento.

Nos conduce a comprender, obedecer y vivir la revelación que Dios ya concedió plenamente en Cristo.

La verdadera sucesión apostólica

A lo largo de la historia se ha hablado de la sucesión apostólica como una cadena ininterrumpida de autoridad transmitida de generación en generación.

Sin embargo, el Nuevo Testamento pone el énfasis en otra clase de continuidad.

La verdadera sucesión apostólica no consiste principalmente en heredar un título. Consiste en permanecer fiel al mensaje de los apóstoles.

Una iglesia puede llamarse apostólica y, sin embargo, apartarse del Evangelio.

Otra puede no utilizar jamás ese título y permanecer completamente fiel a la doctrina apostólica.

La sucesión más importante no es institucional. Es doctrinal.

Como señaló Ireneo de Lyon, la Iglesia reconoce la autenticidad de la fe allí donde permanece la enseñanza recibida de los apóstoles. La continuidad histórica tenía valor precisamente porque preservaba el mismo Evangelio, no porque otorgara una autoridad independiente de él.

El legado que no termina

Los verdaderos apóstoles nunca buscaron fundar una Iglesia dependiente de ellos. Prepararon una Iglesia dependiente de Cristo. Los verdaderos profetas nunca dirigieron la atención hacia sí mismos. Dirigieron la mirada hacia el Señor.

Su mayor éxito consistió precisamente en desaparecer detrás del mensaje que anunciaban.

Por eso, aunque ya no estén físicamente entre nosotros, siguen cumpliendo su ministerio cada vez que la Iglesia abre las Escrituras con humildad y obediencia.

La Iglesia de todas las generaciones

Cada vez que un creyente lee el
Sermón del Monte, escucha a Cristo.

Cada vez que estudia la carta a los
Efesios, aprende con Pablo.

Cada vez que medita en Isaías,
escucha la esperanza anunciada por los
profetas.

Cada vez que el Evangelio transforma
una vida, el fundamento sigue dando
fruto.

Cristo continúa edificando su Iglesia.
Los apóstoles continúan enseñando.
Los profetas continúan dando
testimonio.

No mediante nuevas revelaciones.
Sino mediante la Palabra inspirada que
permanece para siempre.

La voz que nunca dejará de oírse

Jesús prometió que el cielo y la tierra
pasarían, pero sus palabras nunca
pasarían.

Esa promesa explica por qué la Iglesia no necesita buscar continuamente nuevas voces con autoridad equivalente a la de los apóstoles.

La voz que dio origen a la Iglesia sigue resonando en las Escrituras.

Cada generación está llamada no a reemplazar ese fundamento, sino a construir sobre él.

Como escribió el reformador Juan Calvino, Dios quiso que la predicación de los apóstoles permaneciera viva en la Iglesia por medio de las Escrituras, para que ninguna generación dependiera de nuevas revelaciones, sino del Evangelio una vez entregado a los santos.

La Iglesia no necesita nuevos apóstoles para recibir un nuevo fundamento; necesita creyentes que vuelvan al fundamento que ya recibió. No necesita nuevos profetas que completen la revelación; necesita hombres y mujeres que escuchen con obediencia la voz de Dios que continúa resonando en las Sagradas Escrituras.

XIX. ¿Qué significa profetizar en la Iglesia hoy?

La voz permanente de Dios en las Escrituras

A lo largo de este libro hemos estudiado el ministerio de los profetas, el carácter fundacional de la revelación bíblica y la autoridad de los apóstoles. También hemos examinado las distintas posiciones sobre la vigencia de los dones espirituales y el surgimiento de movimientos que afirman haber restaurado el ministerio profético en nuestros días.

Después de recorrer este camino, surge una pregunta inevitable:

Si la revelación de Dios quedó plenamente manifestada en Jesucristo y preservada en las Sagradas Escrituras, ¿Qué significa hoy profetizar?

La respuesta exige distinguir cuidadosamente conceptos que con frecuencia se confunden.

Dios sigue hablando

Lo primero que debe afirmarse con claridad es que Dios no ha guardado silencio.

El mismo Dios que habló por medio de los profetas y los apóstoles continúa hablando hoy a su Iglesia.

Pero la pregunta no es si Dios habla. La pregunta es cómo habla.

La carta a los Hebreos establece el marco de toda la revelación cristiana:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...” (Hebreos 1:1-2). RVA.

Cristo constituye la revelación suprema y definitiva del Padre. Los apóstoles fueron escogidos para dar testimonio autorizado de Él, y ese testimonio quedó preservado en el Nuevo Testamento.

Por ello, la Iglesia no espera nuevas revelaciones que completen el Evangelio.

Es llamada a comprender, obedecer y proclamar la revelación que ya ha recibido.

Revelación e iluminación

Una de las confusiones más frecuentes consiste en identificar la iluminación del Espíritu de Dios con una nueva revelación.

La **revelación** consiste en el acto mediante el cual Dios comunica una verdad que el ser humano no podía conocer por sí mismo.

La **iluminación**, en cambio, es la obra del Espíritu de Dios que abre nuestro entendimiento para comprender, aplicar y obedecer esa revelación.

Cuando un creyente comprende profundamente un pasaje bíblico, el Espíritu de Dios está obrando.

Pero el Espíritu no está añadiendo un nuevo capítulo a la Biblia.

Está iluminando uno que ya existe.

Como enseñó Juan Calvino, el mismo Espíritu que inspiró las Escrituras es quien ilumina a los creyentes para comprenderlas correctamente.

¿Existe hoy una predicación profética?

En este sentido puede afirmarse que sí existe una predicación profética.

No porque el predicador reciba una nueva revelación.

Sino porque proclama con fidelidad la Palabra de Dios y la aplica a las circunstancias concretas de su generación.

Los grandes profetas bíblicos denunciaban el pecado, llamaban al arrepentimiento, consolaban al pueblo de Dios y anunciaban la esperanza futura.

Cuando una predicación realiza fielmente esa misma tarea apoyándose en las Escrituras, cumple una función profética en el sentido de proclamar la voluntad de Dios para su pueblo.

La autoridad, sin embargo, no reside en el predicador. Reside en la Palabra que anuncia.

¿Puede Dios guiarnos personalmente?

La vida cristiana ofrece innumerables testimonios de la dirección providencial de Dios.

El Espíritu de Dios puede traer paz al corazón, despertar una convicción, abrir una oportunidad inesperada, cerrar un camino inconveniente o utilizar circunstancias para orientar nuestras decisiones.

La Biblia misma muestra que Dios guía a sus hijos. Sin embargo, esta dirección providencial debe distinguirse cuidadosamente de la revelación inspirada.

Una impresión interior, un sueño, una convicción o un consejo recibido en oración pueden ser medios mediante los cuales Dios conduzca a una persona, pero ninguno de ellos posee autoridad universal para toda la Iglesia ni puede colocarse al mismo nivel que las Escrituras.

Por esa razón, toda experiencia espiritual debe ser examinada a la luz de la Palabra de Dios.

La prudencia frente a las impresiones personales

Muchos creyentes sinceros utilizan expresiones como: “Dios me dijo...” o “El Señor me mostró...”.

En ocasiones estas expresiones describen una profunda convicción nacida de la oración y de la meditación en las Escrituras.

En otras, reflejan una interpretación personal de circunstancias o sentimientos.

La prudencia aconseja distinguir entre una convicción espiritual y una revelación divina.

Nuestras percepciones pueden estar influenciadas por emociones, deseos, temores o información incompleta.

Por ello, la humildad cristiana prefiere decir: “Creo que el Señor me está guiando en esta dirección”, antes que

afirmar: "Dios me dijo", cuando no existe una revelación objetiva que pueda ser confirmada por las Escrituras.

Esta actitud no disminuye la fe. La protege de convertir opiniones personales en mandatos divinos.

El verdadero ministerio profético

Si entendemos la palabra "profético" como aquello que conduce al pueblo de Dios nuevamente hacia su voluntad revelada, entonces la Iglesia necesita hoy más ministerio profético que nunca.

Necesita hombres y mujeres que denuncien la injusticia. Que llamen al arrepentimiento. Que proclamen la santidad de Dios. Que anuncien la esperanza del Evangelio. Que consuelen al afligido. Que defiendan la verdad frente al error. Que recuerden constantemente el señorío de Jesucristo.

Todo ello, no mediante nuevas revelaciones, sino mediante una exposición fiel de las Escrituras.

En este sentido, cada predicador fiel participa del espíritu del ministerio

profético. No porque sea un nuevo Isaías o un nuevo Agabo. Sino porque proclama el mismo mensaje del Dios que nunca cambia.

El Espíritu de Dios sigue edificando a la Iglesia

Nada de cuanto hemos afirmado pretende disminuir la obra actual del Espíritu de Dios.

Al contrario. El Espíritu sigue convenciendo de pecado. Sigue regenerando corazones. Sigue santificando. Sigue repartiendo dones. Sigue llamando obreros. Sigue fortaleciendo a la Iglesia. Sigue produciendo su fruto en la vida de los creyentes.

La diferencia es que toda esa obra conduce siempre hacia Cristo y nunca añade una autoridad paralela a la revelación ya entregada en las Sagradas Escrituras.

Como enseñó J. I. Packer, el ministerio característico del Espíritu de Dios consiste en glorificar a Jesucristo, no en llamar la atención sobre sí mismo.

La voz que nunca cambia

El creyente del siglo XXI posee un privilegio extraordinario.

Puede escuchar la voz de Isaías. De Jeremías. De Pedro. De Pablo. De Juan. Y, sobre todo, la voz del propio Jesucristo.

No porque reciba nuevas revelaciones. Sino porque Dios preservó fielmente su Palabra para todas las generaciones.

Cada vez que las Escrituras son leídas con humildad y el Espíritu de Dios ilumina nuestro entendimiento, Dios continúa hablando.

No mediante un nuevo Evangelio.

Sino mediante el mismo Evangelio que transforma vidas desde hace dos mil años.

Conclusión

La Iglesia no necesita elegir entre un cristianismo sin Espíritu y un cristianismo gobernado por nuevas revelaciones.

El Nuevo Testamento presenta un camino mucho más hermoso.

El Espíritu de Dios continúa obrando poderosamente.

Pero lo hace conduciendo a la Iglesia hacia Cristo, iluminando las Escrituras, formando el carácter de los creyentes, distribuyendo dones para el servicio y fortaleciendo la misión de anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra.

En este sentido, el verdadero ministerio profético continúa vivo.

No porque Dios esté escribiendo una nueva revelación.

Sino porque su Palabra sigue siendo anunciada con fidelidad bajo la acción transformadora del Espíritu de Dios.

Como escribió el profeta Isaías:
“Sécase la hierba, marchítase la flor;
mas la palabra del Dios nuestro
permanece para siempre” (Isaías 40:8).
RVA.

Y como afirmó Jesucristo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). RVA.

Esa es la certeza que sostiene a la Iglesia de todos los tiempos. La voz de Dios no ha sido reemplazada por las opiniones de los hombres ni depende de nuevas revelaciones para conservar su autoridad. El mismo Espíritu que inspiró las Escrituras sigue iluminando a la Iglesia para comprenderlas, obedecerlas y proclamarlas. Allí reside la verdadera continuidad del ministerio profético: no en añadir nuevas palabras a Dios, sino en hacer resonar con fidelidad la Palabra que Él ya habló definitivamente en Jesucristo.

7XX. ¿Puede aprenderse a profetizar?

Un análisis bíblico de la llamada "activación profética"

En las últimas décadas se han multiplicado en distintos países los llamados cursos, escuelas o talleres de activación profética. Su propósito consiste en entrenar a los creyentes para "escuchar la voz de Dios", aprender a profetizar, interpretar sueños y visiones, o desarrollar el ministerio profético mediante ejercicios prácticos y mentoría.

Quienes promueven estos programas suelen afirmar que los dones espirituales pueden despertarse, desarrollarse y fortalecerse mediante la enseñanza y la práctica comunitaria. Para ello apelan a diversos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

La pregunta que debemos formularnos no es si Dios puede capacitar a sus hijos para servirle. Eso es indiscutible.

La verdadera pregunta es otra:
¿Enseñan realmente las Escrituras que

la profecía puede activarse mediante un proceso de entrenamiento?

Las llamadas "escuelas de los profetas"

Uno de los argumentos más frecuentes se basa en las comunidades conocidas como "los hijos de los profetas", mencionadas durante los ministerios de Samuel, Elías y Eliseo.

También se cita el episodio de 1 Samuel 19, donde una compañía de profetas profetizaba bajo la dirección de Samuel.

A partir de estos pasajes se concluye que existían antiguas escuelas dedicadas a formar profetas y que este modelo puede reproducirse hoy.

Sin embargo, una lectura cuidadosa muestra que la Biblia nunca afirma que aquellos hombres aprendieran a profetizar mediante ejercicios o técnicas específicas.

Las Escrituras simplemente informan de la existencia de comunidades proféticas. No describen su plan de estudios. No enseñan un método para

producir profetas. No hablan de "activar" dones.

Es perfectamente posible que recibieran instrucción en la Ley de Dios, en la adoración, en la historia sagrada y en la vida comunitaria. Pero el texto guarda silencio sobre ello.

Construir una doctrina sobre aquello que la Biblia no explica siempre exige mucha prudencia.

¿Puede enseñarse la presencia del Espíritu?

Otro argumento frecuente afirma que la presencia de Samuel o de Eliseo generaba una especie de "atmósfera profética" capaz de producir manifestaciones espirituales en quienes se acercaban.

El episodio de 1 Samuel 19 suele utilizarse para apoyar esta idea. Sin embargo, el relato dice algo distinto. Afirma que el Espíritu de Dios vino sobre aquellos hombres.

No atribuye el fenómeno a una técnica, a un ambiente emocional ni a la influencia personal de Samuel.

El protagonista sigue siendo Dios.
Es Él quien concede su Espíritu
conforme a su soberana voluntad.

El deseo de Moisés

También se cita la conocida expresión
de Moisés: "...ojalá todo el pueblo de
Jehová fuese profeta..." (Números
11:29). RVA.

Sin duda, esta frase anticipa una
extraordinaria esperanza.
Pero Moisés no propone un programa
de formación profética.
Expresa un deseo que siglos más tarde
encontrará su cumplimiento en la
promesa de Joel y en el derramamiento
del Espíritu de Dios de Dios
durante Pentecostés.

El protagonista continúa siendo Dios.
Es Él quien derrama su Espíritu. No una
escuela. No una metodología. No una
activación ministerial.

Pentecostés: un don, no una técnica

Pedro explicó el acontecimiento de
Pentecostés citando precisamente la

profecía de Joel: "...derramaré de mi Espíritu sobre toda carne..."

La iniciativa pertenece completamente a Dios. Ninguno de los discípulos aprendió previamente a profetizar. No asistieron a un taller. No practicaron ejercicios proféticos.

Esperaron obedientemente la promesa del Padre. Y fue Dios quien actuó. La diferencia es importante. El Espíritu de Dios no fue producido por una metodología. Fue recibido como un don de Dios.

¿Qué quiso decir Pablo?

Los defensores de la activación profética suelen citar 1 Corintios 14: "Seguid la caridad; y procurad los dones espirituales, mas sobre todo que profeticéis." RVA.

Sin embargo, conviene observar cuidadosamente todo el capítulo.

Pablo exhorta a procurar los dones. Pero nunca explica cómo producirlos. No diseña ejercicios. No organiza prácticas supervisadas. No enseña técnicas para escuchar la voz de Dios.

Toda su preocupación gira alrededor de otro tema: Que los dones sean ejercidos con orden. Que edifiquen a la Iglesia. Que las profecías sean examinadas. Que Cristo sea glorificado.

El énfasis recae sobre el uso correcto de los dones. No sobre métodos para generarlos.

¿Puede desarrollarse un don?

Aquí conviene hacer una distinción fundamental.

La Biblia sí enseña que un don recibido puede desarrollarse. Pablo exhortó a Timoteo diciendo: “No descuides el don que hay en ti...” Y también a avivar el fuego del don de Dios que ya estaba en él. Timoteo debía ejercer fielmente un don que ya había recibido.

Pero Pablo nunca le enseñó a producir un nuevo don. Ni prometió que todos recibirían el mismo ministerio.

La diferencia resulta decisiva.

Una iglesia puede formar excelentes maestros. Puede capacitar evangelistas. Puede preparar pastores.

Puede enseñar a predicar. Puede desarrollar habilidades musicales. Todo ello forma parte del crecimiento cristiano.

Pero ninguna iglesia posee autoridad para garantizar la aparición de dones que únicamente el Espíritu de Dios distribuye como quiere (1 Corintios 12:11).

Equipar no significa producir

Otro texto muy citado es Efesios 4:11-12. Cristo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, evangelistas, pastores y maestros "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio".

Algunos concluyen que el ministerio profético incluye entrenar a otros creyentes para convertirse en profetas.

Sin embargo, Pablo afirma algo diferente. El propósito consiste en capacitar a todos los creyentes para servir. No dice que los apóstoles produzcan nuevos apóstoles. Ni que los profetas produzcan nuevos profetas.

Habla del crecimiento de toda la Iglesia hacia la madurez en Cristo.

Una diferencia necesaria

Llegados a este punto, conviene distinguir entre dos conceptos.

La Iglesia puede enseñar a una persona a estudiar mejor las Escrituras. Puede ayudarla a predicar con claridad. Puede fortalecer su vida de oración. Puede enseñarle a evangelizar. Puede acompañarla en el desarrollo de su ministerio. Todo ello forma parte del discipulado cristiano.

Pero una cosa es desarrollar un don que Dios ha concedido. Otra muy distinta es producir un don mediante una metodología.

Los dones espirituales no son el resultado de un entrenamiento. Son una obra soberana del Espíritu de Dios.

La prueba decisiva

Después de estudiar todos los textos utilizados para justificar la activación profética, resulta llamativo observar un hecho.

Ninguno de ellos enseña explícitamente que la Iglesia deba organizar cursos destinados a producir profetas.

En cambio, existen otros pasajes que rara vez aparecen en estos programas. Hebreos afirma que Dios ha hablado definitivamente por medio de su Hijo. Efesios presenta a los apóstoles y profetas como fundamento de la Iglesia. Judas exhorta a contender por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

Pablo enseña que las Escrituras hacen al creyente enteramente preparado para toda buena obra.

Estos textos recuerdan constantemente que la autoridad de la Iglesia descansa en la revelación ya concedida por Dios y preservada en las Sagradas Escrituras.

Conclusión

Muchos creyentes participan en cursos de activación profética movidos por un deseo sincero de servir mejor al Señor. Ese anhelo merece respeto y debe ser valorado. Sin embargo, la sinceridad nunca sustituye el examen bíblico.

La Iglesia tiene la responsabilidad de distinguir entre aquello que las Escrituras enseñan expresamente y aquellas prácticas que, aunque bien intencionadas, van más allá de lo que Dios ha revelado.

El Nuevo Testamento nunca presenta la profecía como una habilidad adquirida mediante ejercicios espirituales. La presenta como una manifestación soberana de Dios al servicio de la edificación de su pueblo.

La Iglesia puede formar discípulos. Puede capacitar ministros. Puede desarrollar los dones que Dios ha concedido. Pero solo el Espíritu de Dios puede repartir sus dones conforme a su perfecta voluntad.

Como escribió el apóstol Pablo:
“Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere.” (1 Corintios 12:11). RVA.

Esa afirmación basta para recordar que la Iglesia no administra al Espíritu de - Dios. Es el Espíritu quien administra soberanamente sus dones para la gloria de Cristo y la edificación de su Iglesia.

Epílogo – Volver a Cristo

Cuando emprendí la revisión de esta obra, comprendí que el verdadero tema del libro había cambiado.

En un principio pensé que escribiría sobre los dones espirituales. Sin embargo, conforme avanzaba el estudio de las Escrituras, descubrí que el debate sobre los dones conduce inevitablemente a una pregunta mucho más profunda:

¿Quién ocupa realmente el centro de la Iglesia?

A lo largo de estas páginas hemos hablado de apóstoles, profetas, pastores, maestros y evangelistas. Hemos reflexionado sobre la revelación, el discernimiento, la autoridad espiritual y los peligros del abuso religioso. Hemos examinado las fortalezas y las debilidades de diferentes corrientes teológicas, procurando hacerlo con respeto hacia las personas y con fidelidad a las Escrituras.

Pero ninguna de esas cuestiones constituye el corazón del cristianismo.

El centro de nuestra fe nunca ha sido un don.

Nunca ha sido un ministerio.

Nunca ha sido una denominación.

Nunca ha sido un líder.

El centro siempre ha sido Jesucristo.

Cuando el apóstol Pablo escribió a la iglesia de Corinto, encontró una congregación rica en dones, pero pobre en madurez. No respondió prohibiendo los dones. Tampoco promovió una búsqueda aún mayor de experiencias extraordinarias. Su respuesta fue dirigir nuevamente la mirada de los creyentes hacia Cristo crucificado y resucitado.

Ese sigue siendo el desafío de la Iglesia en cada generación.

Toda época enfrenta sus propias tentaciones.

Algunas han sustituido el Evangelio por el poder político.

Otras por la tradición.

Otras por el racionalismo.

Nuestra generación corre el riesgo de sustituir la sencillez del Evangelio por la fascinación de lo extraordinario, confundiendo manifestaciones visibles con verdadera madurez espiritual.

Sin embargo, el Nuevo Testamento insiste una y otra vez en que la evidencia más profunda de la obra del Espíritu de Dios no es el protagonismo de determinados dones, sino la transformación del carácter conforme a la imagen de Cristo.

Los dones son necesarios.
Los ministerios son necesarios.
La enseñanza es necesaria.
El discernimiento es indispensable.

Pero todo ello pierde su sentido cuando deja de conducirnos hacia Aquel que es la Cabeza de la Iglesia.

Durante estos capítulos hemos insistido repetidamente en la autoridad de las Sagradas Escrituras. No porque adoremos un libro, sino porque en sus páginas conocemos al Dios vivo revelado plenamente en su Hijo. La Biblia no fue dada para convertirse en un objeto de veneración intelectual, sino para conducirnos a una relación viva con Jesucristo.

También hemos reflexionado sobre el liderazgo cristiano. En un tiempo en que abundan los títulos, las plataformas y las figuras carismáticas, resulta

oportuno recordar que el modelo establecido por Jesús continúa siendo el mismo.

El mayor es el que sirve.
El primero es el que se hace el último.

La autoridad cristiana nunca consiste en dominar conciencias, sino en formar discípulos capaces de caminar por sí mismos bajo la guía del Buen Pastor.

Quizá una de las lecciones más importantes que deja este estudio sea que la Iglesia nunca ha necesitado hombres extraordinarios para sustituir a Cristo. Ha necesitado creyentes ordinarios profundamente enamorados de Él.

Los apóstoles comprendieron esa verdad.
Ninguno buscó fundar un movimiento alrededor de su propia persona.
Todos señalaron hacia Cristo.

Juan el Bautista resumió el espíritu de todo ministerio cuando dijo:
“Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe.”

Tal vez esa sea la frase que mejor define el verdadero liderazgo cristiano.

Si después de leer este libro el lector siente un mayor deseo de estudiar las Escrituras, de servir con humildad, de amar más profundamente a la Iglesia y de depender menos de los hombres para depender más de Jesucristo, entonces estas páginas habrán cumplido su propósito.

No aspiramos a formar especialistas en polémicas doctrinales.
Aspiramos a formar discípulos.

No buscamos una Iglesia fascinada por el poder.
Buscamos una Iglesia cautivada por Cristo.

No anhelamos creyentes que persigan continuamente nuevas experiencias espirituales.
Anhelamos creyentes que conozcan cada día más profundamente al Señor que ya les ha sido revelado.

Los dones pasarán.
Los ministerios terminarán.
Las controversias teológicas quedarán atrás.
Las estructuras eclesiásticas cambiarán con el paso de los siglos.

Pero Cristo permanece.
Él sigue siendo la piedra angular.
La Cabeza de la Iglesia.
El Buen Pastor.
El único Mediador entre Dios y los
hombres.
El Señor de la historia.
Y el mismo ayer, hoy y por los siglos.

Por eso, el mayor llamado de este libro
puede resumirse en una sencilla
invitación:

Volvamos a Cristo.
Volvamos a la sencillez del Evangelio.
Volvamos a la autoridad de las
Escrituras.
Volvamos al servicio humilde.
Volvamos a la comunión fraterna.
Volvamos a una vida guiada por el
Espíritu de Dios, no para buscar nuestra
propia gloria, sino para reflejar el
carácter de Aquel que vino «no para ser
servido, sino para servir y para dar su
vida en rescate por muchos».

Porque, al final, la verdadera grandeza
de la Iglesia nunca dependerá de la
cantidad de dones que manifieste.

Dependerá de cuánto se parezca a su
Señor.

Y cuando llegue el día en que comparezcamos delante de Él, probablemente no nos preguntará cuántos títulos llevábamos, cuántos seguidores tuvimos o cuántas experiencias extraordinarias acumulamos.

Nos preguntará si fuimos fieles. Si amamos. Si servimos. Si permanecemos en su Palabra. Si edificamos a nuestros hermanos.

Y si, en medio de una generación confundida por tantas voces, aprendimos a reconocer y a seguir la única voz que nunca se equivoca: la voz del Buen Pastor.

Pepo Toledo - Síntesis biográfica

Nació en la ciudad de Guatemala en 1951. Su pasión por los automóviles lo llevó a participar en competencias (1969-1976) e iniciar su carrera en ese ámbito. En 1974 se graduó en Tecnología Automotriz en National Schools, de Los Ángeles, California, EUA. En 1993 obtuvo la licenciatura en Economía en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.

Defensor decidido de programas ambientales compatibles con el desarrollo económico. En 1991 consiguió que Guatemala se convirtiera en el primer país del mundo en eliminar de golpe el plomo de la gasolina. Con el auspicio de Pro Eco extendió el programa a toda Centroamérica y Panamá.

Fue columnista de Prensa Libre (1991-1999), director de la Asociación de Gerentes de Guatemala (1991-1993) y presidente de la Asociación Guatemalteca de Historia Natural (1994-2008), desde donde impulsó la reconstrucción del Parque Zoológico Nacional La Aurora. Se desempeñó como vicepresidente del Consejo Directivo del Instituto Nacional de Electrificación (1996-1999), superintendente de Telecomunicaciones de Guatemala (1999-2000), presidente del Foro Latinoamericano de Entes Reguladores de Telecomunicaciones (1999), presidente de la Comisión Nacional de Energía Eléctrica (2004-2007), vicepresidente de la Asociación Iberoamericana de Entidades Reguladoras de Energía (2005-2007), Comisionado Presidencial para la Reestructuración y Modernización del Sistema Penitenciario (2007) y gerente general del

Organismo Judicial (2023-2024), donde dejó estructurada la Sistematización del Proceso Judicial. Fue Presidente del Seminario de Cultura Mexicana Corresponsalía de Guatemala (2024-2026). Se convirtió en una de las voces críticas principales contra la implementación forzada de la mezcla etanol (E10) en las gasolinas en Guatemala, Su postura no es contra el biocombustible en sí, sino contra su obligatoriedad bajo las condiciones actuales (2022-2026).

Es experto en conectividad; junto a Enrique Godoy García-Granados diseñó el Plan de Gobierno Municipal 2024-2028 para la administración de Sebastián Arzú como alcalde. Ha librado una constante lucha contra monopolios y privilegios. Como regulador, fue pieza clave en la apertura de los mercados de telecomunicaciones y electricidad en Guatemala. El modelo eléctrico del país se considera ejemplar.

Es presidente de la Fundación Mario Monteforte Toledo (2000-2008 y desde 2018). Bajo el sello de la Fundación ha editado 11 libros, producido un largometraje y 11 documentales con el objetivo de difundir los grandes valores de la cultura guatemalteca. Es un reconocido promotor y difusor cultural.

Ha escrito 25 libros, numerosos ensayos y artículos, y ha impartido conferencias sobre diversos temas.

En 2010, tras años de contacto con el mundo del arte, inició una exitosa carrera como escultor. Ha realizado 66 exposiciones individuales y 61 esculturas públicas en Alemania, Ginebra, París, La Haya, Ámsterdam, Turquía, Washington D.C., Israel, México, Costa Rica y Guatemala, entre otros lugares. Su exposición insignia, Esculturas

peligrosas, es un llamado a un nuevo estado de conciencia —el Creacionismo— donde denuncia los excesos del arte contemporáneo y propone el retorno de la estética unida a la verdad y los valores morales.

Sus obras forman parte de colecciones y museos como el Museo José Luis Cuevas, Museo Diego Rivera, Museo del Automóvil en Puebla, colección La sala del tiempo de Nivada en México, Museo del Chocolate en México, Museo de las Américas de la OEA en Washington D.C., Museo del Holocausto en Jerusalén, Museo Nacional de Arte de Guatemala (MUNAG), Museo Haegeumgang en Corea del Sur, así como en colecciones privadas en Francia, Alemania, Suiza, España, Holanda, Turquía, Estados Unidos, Canadá, Colombia y Centroamérica. Actualmente comparte sus escritos y su labor artística con su vida empresarial.
